

# 1 Corintios 5, 7

**“Despójense de la vieja levadura, para ser una nueva masa,  
ya que ustedes mismos son como el pan sin levadura.**

**Porque Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado”**

*Herencia de*  
**· Corazón ·**  
*a corazón*

Edición: Mayo 2013

Autor: Obra colectiva

Asesor Espiritual: Padre Benito Moresco – OSM

## Presentación

Este libro es una recopilación de los artículos de las revistas Camino de Emaús, editadas por la Fundación homónima ( [www.caminodeemaus.org.ar](http://www.caminodeemaus.org.ar) ), que comparan nuestro interior con un árbol: su crecimiento, cómo se nutre, las consecuencias de las plagas, la importancia de un jardinero que lo cuide...

A través de todo lo que se relaciona con un árbol, podemos entender mejor cómo funciona nuestro interior, la importancia de nuestra relación con Jesús, y cómo si hacemos lo que Él nos dice como un jardinero sabio y conocedor de lo que necesitamos, podemos cambiar muchas cosas que hoy no nos permiten sentir paz interior. Este libro no promete la felicidad, sino que, a través de él, podrás aprender a conectarte más de corazón contigo mismo.

Este libro intenta transmitir que Cristo es la nueva levadura, y nos alienta que elijamos con convicción esa levadura a la del mundo, pues su levadura no se seca ni se estropea, sino que es luz en nuestro corazón, una luz capaz de encenderse en la oscuridad de nuestro pasado, para traernos la sanidad de mente y de corazón para vivir el presente con más serenidad.

## Prologo

¿Qué sabes del “sexto continente”? ¿Pudiste viajar y explorarlo?

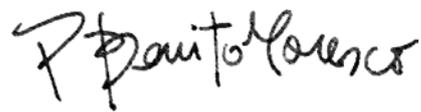
¡¡Ese continente eres tú!! Eres un continente con regiones todavía desconocidas, como si fueras un “témpano”.

Estás teniendo en tus manos una valiosa “guía de ruta” para tu viaje hacia lo profundo, lo interior de ti mismo; hacia ese lugar donde se va gestando tu personalidad, tu crecimiento... o tu estancamiento. Allí en lo profundo de tu ser encuentras grabadas y archivadas las CAUSAS de lo que ahora te da salud o malestar espiritual, las causas de tus heridas y virtudes.

Jesús era un hombre profundo, simple y admirador de la naturaleza. Partía de ella para dar enseñanzas válidas para todas las culturas y todos los tiempos. Por ejemplo: *“...Miren los lirios del campo, cómo van creciendo sin fatigarse ni tejer” Mateo 6, 28; “Ustedes son la sal de la tierra... y la luz del mundo” Mateo 5, 13-14; “Yo soy la verdadera Vid, y mi Padre el viñador. Él corta todos los sarmientos que no dan fruto” Juan 15, 1. “Y cuando sopla el viento sur, dicen que hará calor, y así sucede” Lucas 12, 55 “Un hombre tenía una higuera plantada en su viña” Lucas 13, 6.*

Como lo hacía Jesús, también la Fundación “Camino de Emaús” pone en tus manos **“nuevas parábolas”** o comparaciones sacadas de la naturaleza. Son experiencias de vida, que seguramente te ayudarán a explorar dentro tuyo y discernir cuáles son las raíces que hacen circular en ti sabiduría buena y cuáles son las raíces que te producen malestar, tristeza, bloqueos...

En lo profundo de tu alma descubrirás un silencioso y amoroso JARDINERO, tu Padre, Creador de la VIDA que, si tú se lo permites, mejor todavía si se lo pides, regará tus raíces con sanos nutrientes para que fluya buena sabiduría en tus pensamientos, sentimientos y propósitos; sacará los hongos y bichos que se pegan a las ramas, podará las que están de sobra y así podrás gozar de una equilibrada autoestima; brindar frutos y una frondosa copa para descanso y alivio de las personas que amas.

A handwritten signature in black ink, reading "Padre Benito Moresco". The signature is written in a cursive, flowing style.

Padre Benito Moresco (OSM)

## **Plántame, Señor, donde te sirva**

Que sea, Señor, un árbol  
que dé cobijo y sombra a quien lo busca,  
que dé frutos a quien los necesite,  
que adorne el jardín de los demás.

Haz, Señor, que mis raíces sean fuertes,  
para seguir de pie aun en las tormentas,  
que por mi tallo corra la savia de tu Amor.

Que mi árbol, Señor, tenga muchas ramas,  
para que aniden allí las virtudes que vos me des.  
Que sea un árbol frondoso, Señor,  
fruto del darme a los demás.

Riégame todos los días, Señor,  
con tu Palabra y riégame de Ti.

Pódame, Señor,  
de la soberbia, el egoísmo y la envidia.

Fumígame, Señor, con tu Gracia,  
para extirpar de mí lo malo.

No permitas que este árbol se contamine,  
y luego se seque  
para terminar muriendo.

# Capítulo 1

## **Tenemos un alma y un espíritu**

### **Comparamos nuestro interior con una planta**

Tenemos un alma y un espíritu. No es fácil entender el significado profundo de estas dos realidades, ya que no pertenecen al mundo físico, en el que podemos tocar, oler, ver, olfatear con nuestros sentidos.

Pero para poder comprender esto de una manera sencilla, vamos a comparar al espíritu con la savia de una planta, y al alma, con las raíces. Para vivir, la planta depende de su savia y de sus raíces, así como nosotros para vivir dependemos no sólo de la salud de nuestro cuerpo, sino también de la salud de nuestro espíritu y de nuestra alma.

Si queremos sanar la planta, tenemos que sanar sus raíces. Para sanar nuestros sentimientos, tenemos también que sanar lo más profundo de nosotros, nuestra alma.

La savia sirve para alimentar la planta. Si el alimento es bueno, entonces la planta será sana y, al contrario, si no lo es, se enfermará.

Lo mismo sucede con nuestro espíritu. Con él podemos sentir nuestras emociones, las negativas y las positivas; podemos sentir también lo que le pasa a otra persona, podemos sentir muchas veces qué quiere Dios de nosotros y qué queremos de nosotros mismos; podemos discernir qué está bien y qué está mal. Y todo eso nos alimenta como personas, forma nuestra realidad interior. Si lo que nos alimenta está sano, estaremos sanos interiormente.

### **Comparamos el tallo con el “corazón espiritual”.**

La savia de la planta es conducida a través de los tallos. Si esos tallos están cortados, doblados o los apretamos con una soga o hilo, no sólo dañará el tallo sino que la savia no podrá alimentar el resto de la planta.

Nuestro “corazón espiritual” es ese tallo, que lleva dentro lo que nos alimenta. Tenemos que cuidarlo, respetarlo, darle mucha importancia, pues desde ese corazón, damos y recibimos amor.



Pero no recibimos sólo cariño sino también lo contrario al cariño, recibimos agresiones, dolores y también damos a los demás lo negativo que hemos almacenado dentro nuestro.

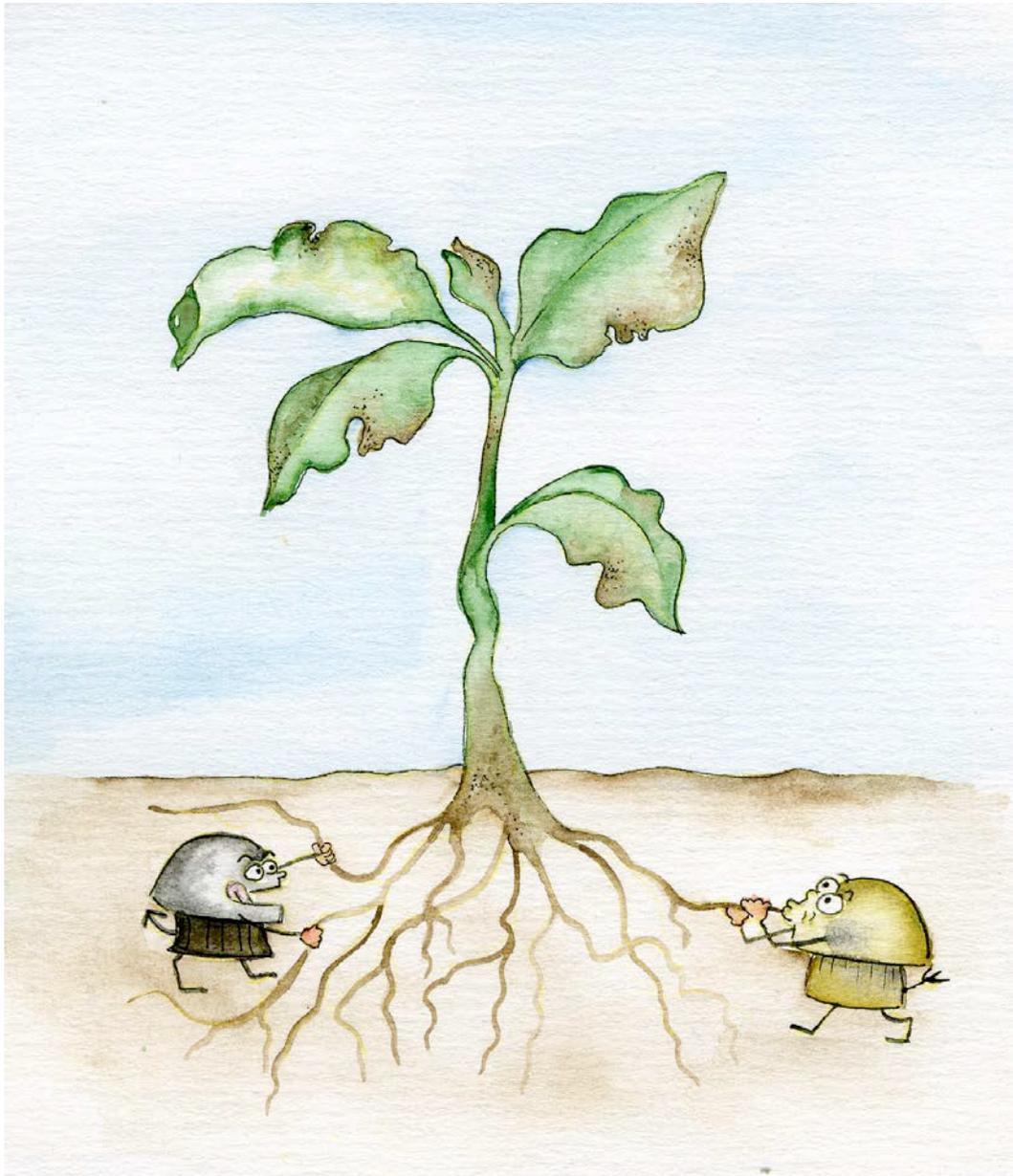
Si ese corazón está “doblado” de tanto materialismo, “cortado” por las heridas o “apretado” por la humillación y la injusticia, le será difícil dejar pasar la “savia” para que nos alimente.

Al igual que cuando nos miramos al espejo vemos nuestro rostro reflejado en él, el corazón refleja nuestro espíritu, refleja si está limpio o sucio, si es grande o pequeño, si se encuentra lejos o cerca del bien, si hay amor por los demás o sólo por nosotros mismos.

## Comparamos las raíces con el alma

Las raíces de una planta valen más que la savia pues son las que le dan vida a la planta. Por eso, el alma es lo más profundo de nuestro ser. Al alma le sucede como la planta que, cuando posee raíces sanas sus frutos también lo son. Los frutos del alma son las virtudes y las cualidades que hacen que una persona sea generosa, caritativa, paciente, humilde, que pueda dar y recibir amor.

Pero tenemos que cuidar nuestra alma, porque puede empobrecerse de todas esas cualidades que la hacen rica y bella, y puede entumecerse por no recibir el “agua” que la mantiene viva. Esto ocurre cuando un “hongo” penetra en ella: es el hongo del pecado, que de a poco succiona la bondad, la pureza, las cualidades con que Dios la creó.



Cuando este hongo penetra en las raíces de la planta, el alma transita por la tenebrosa ruta del pecado. El hongo toma el mando de la planta, la conduce, la dirige, y finalmente alcanza la savia, y así, penetra en el espíritu y toma también la conducción del corazón.



¿Cómo ayudamos a la planta para sacar al hongo?

¿Cómo hacemos para sanar el alma, y limpiarla de la presencia de este hongo?

Reflexionemos...

¿Podemos sanar la planta sin sanar las raíces? ¿Podemos dar frutos buenos si no sanamos la savia de la planta? ¿Se puede hablar de limpiar el corazón si no sacamos el hongo de nuestra alma? ¿Se pueden transformar los sentimientos, pensamientos y actitudes, sin tomar conciencia del hongo, con el que en realidad tenemos que luchar?

Tantas veces nos esforzamos en cambiar, transformarnos, sanar emociones, pero sin resultado. Hasta recurrimos a sacerdotes sanadores, talleres de transformación interior, cursos de sanación, misas diarias, rosarios interminables y un sinfín de medios para cambiar nuestro corazón, pero sin resultados.

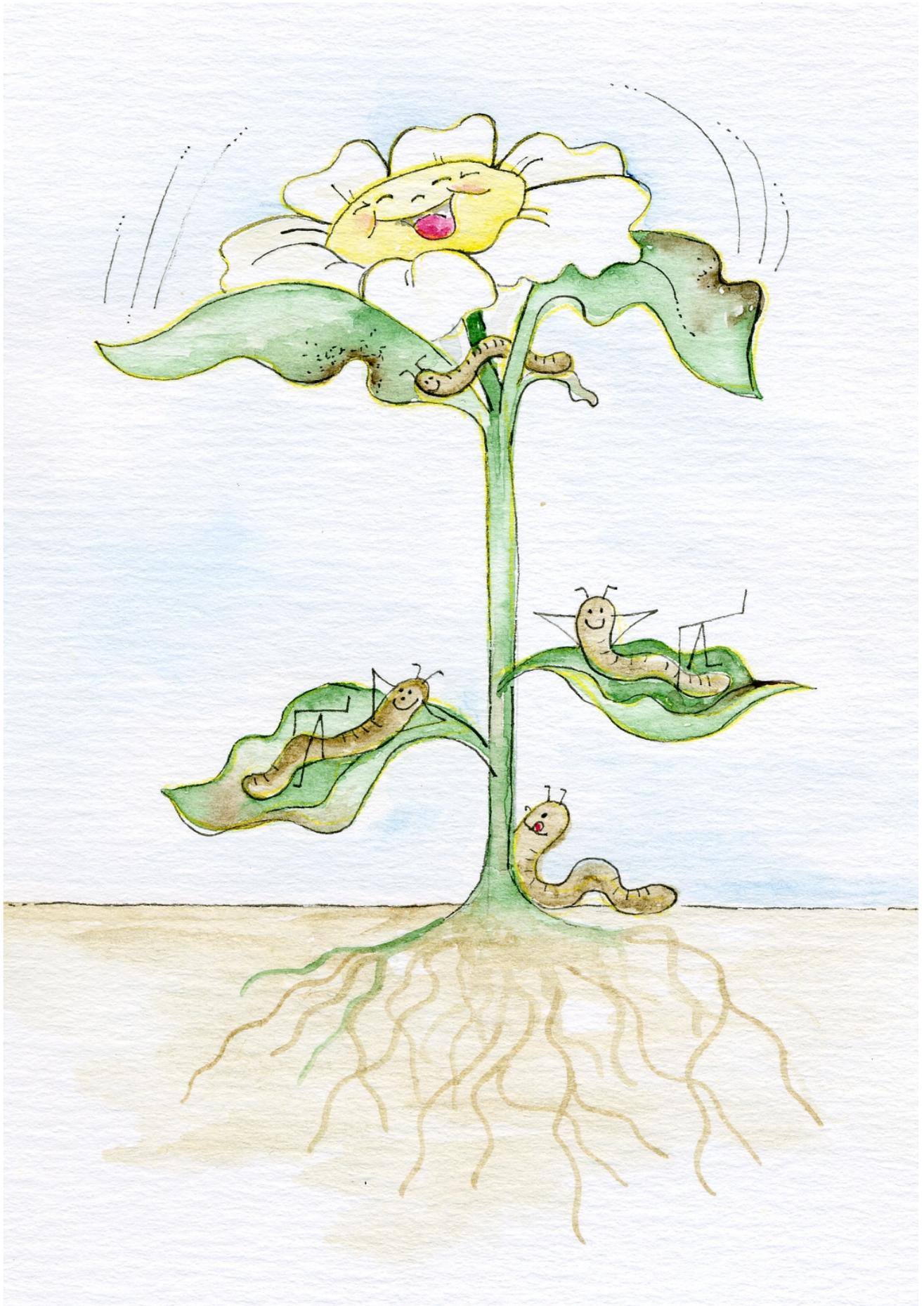
Hasta que no luchemos con nuestros bichos interiores que han tomado control sobre nuestra mente y nuestro corazón, no podremos cambiar de manera perdurable.

¿Quiénes son esos bichos tan invasivos? Esos bichos son el pecado; pero para que el pecado penetre hasta el alma, debe ser invitado, en primer lugar. Esto quiere decir que debe haber deseo de actuar de cierta manera.

¿Cuántas veces deseamos encontrar una mentira eficaz?

¿Cuántas veces nos hemos acostumbrado a ocultar nuestra verdadera personalidad para ser aceptados o queridos o simplemente para engañarnos a nosotros mismos?

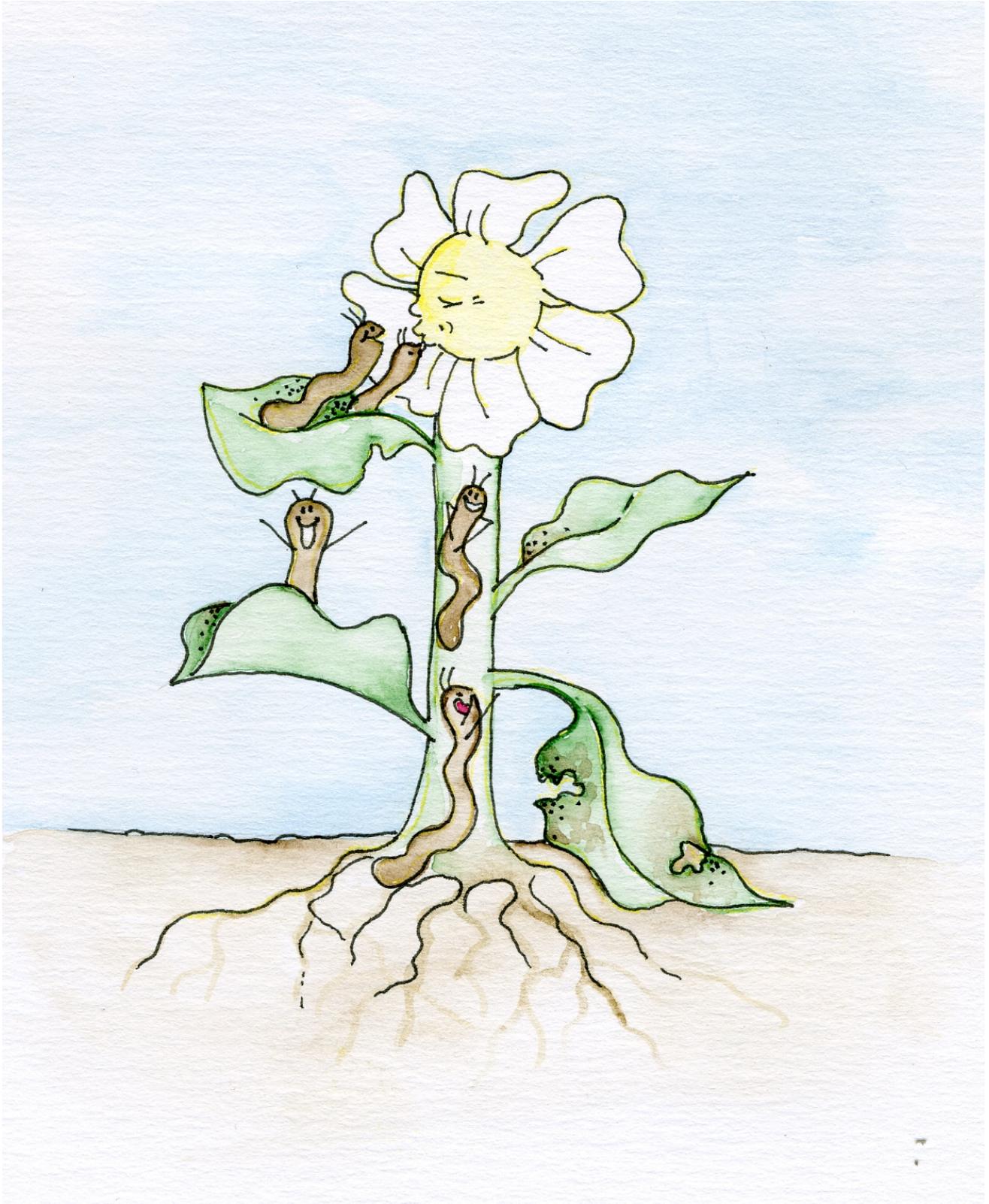
Eso sería como recibir al bicho en la hoja de la planta; no pensamos que vaya a ser tan agresivo, tan invasivo o que sea tan malo lo que estamos haciendo.



Es decir, acomodamos ese "mal" como si se tratara de un bien menor o como nos convenga y buscamos creativas justificaciones para que, en caso de que nuestra conciencia nos reproche, rápidamente la acallen. Esto puede ir acompañado de un encuentro de nuevas amistades que nos apoyen, teniendo muchas veces, que cambiar nuestras antiguas amistades, que son generalmente rechazadas por las "recientes", ya que no apoyarían nuestras "nuevas" acciones. También puede suceder que, ante ciertas personas, usemos lo que los jóvenes llaman "una careta".



Los bichos deben ser, en segundo lugar, aceptados. Esto quiere decir, "invitados a entrar" en nuestro hogar; es el momento en que el bicho penetra en la savia de la planta.



Esto es aun más peligroso, pues está involucrada la parte que lleva el alimento a toda la planta. Ésta comienza a sufrir cambios exteriores que no son inmediatamente descubiertos ya que son sutiles, pero, a la larga, la enferman.

No tenemos que acostumbrarnos a aceptar el pecado en nuestra vida, pues comienza a penetrar en nuestro espíritu y lo hemos aceptado casi, sin darnos cuenta. Algunos ejemplos de esto es cuando la mentira ya es parte de nuestra vida. Nuestra mente se va acostumbrando a mentir y nuestro corazón se adaptada a ello. Un ejemplo de la distorsión que provoca el pecado, es cómo se ha olvidado el valor de la castidad. Otra forma de desorientar los valores, es cuando nos acostumbramos a deshonestidades, pequeñas o grandes, pues nos benefician económicamente, las justificamos y así dejamos la conciencia tranquila, avalándonos en "todo el mundo lo hace". Y es entonces cuando, no tomamos conciencia de lo que estamos haciendo, de lo que estamos decidiendo, a qué estamos diciendo "sí" y a qué "no".

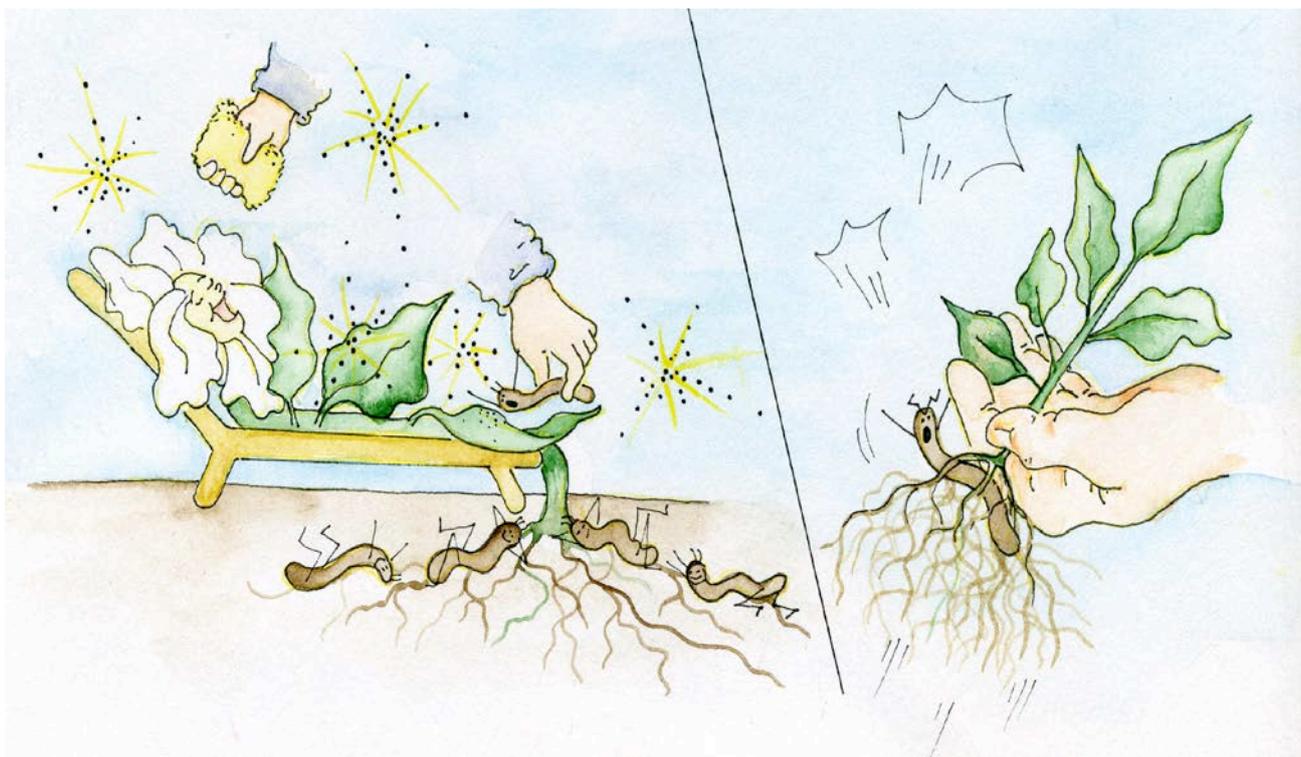
Si nos arrepentimos de lo que hemos hecho, ¿evitamos que el bicho del pecado penetre en nuestra savia interior? ¡Con sólo arrepentirse, no basta! Es necesario sacarlo de la planta, o sea, sacarlo del corazón.

Y para esto, la oración es un medio eficaz sólo cuando está acompañada de una toma de conciencia de que es fundamental un cambio de actitud.

Y necesitamos ayuda, alguien que nos sepa orientar, como un sacerdote que acompañe y "ajuste" los tornillos de nuestra vida; no sirve si sólo nos sentimos consentidos, comprendidos, contenidos, sino que sirve si sentimos el filo del hacha que talla el árbol.

También podemos contar con un profesional de la psicología que nos ayude a cambiar actitudes nocivas como las del orgullo, la soberbia, el egocentrismo, y nos ayude a mirar la realidad desde los "zapatos" del otro; pero hay que tener mucho cuidado al elegirlo, pues sin valores cristianos, puede "avalarse" el "pecado" y, entonces, más que ayudarnos a discernir qué está bien y nos conviene, y qué está mal y nos perjudica, nos consiente. Y eso no nos fortalece, precisamente en una época en la que nos sentimos amparados por la mentalidad del "y si te hace sentir feliz..." o el "todo bien" y que, en definitiva, termina alimentando los bichos. Sería como limpiar las hojas por fuera, pero sin sacar el bicho de adentro, aunque nos "veríamos" mejor y hasta nos sentiríamos más conformes con nosotros mismos.

Cuando no hay conciencia de cuáles cosas hemos incorporado, qué mentiras estamos viviendo y aceptando, cuándo nos alejamos de la verdad de nosotros mismos, cuándo vivimos de apariencias y nos hemos acostumbrados a convivir con máscaras y fingiendo ser alguien que no somos, entonces es muy fácil que nuestras acciones estén bajo influencia de estos bichos, que son la consecuencia del pecado en nuestra vida.



## Dios Padre y Su perdón

Dios nos exhorta a limpiar el alma, a purificar nuestro corazón y a evaluar si nuestros sentimientos, pensamientos y acciones son conformes a un bien por encima de nosotros mismos.

La medida para evaluarlos no es lo que nuestro íntimo amigo piensa o la opinión de nuestros padres, o lo que nos dice alguien por ahí, sino lo que dice Su Palabra.

Para saber cuánto esta mentalidad nos ha afectado como personas y como sociedad, basta preguntarnos: “¿Cuánto acepto el divorcio?” “¿Cuánto acepto el aborto?” “¿Cuánto me afecta herir a los demás?” “¿Qué actitudes de agradecimiento tengo hacia los demás?” “¿Qué es para mí el cuerpo...un objeto para la vanagloria o un medio para llevar adelante mi vida?”. Y así, examinando nuestros valores, podemos saber cuán lejos o cerca estamos de vivir la Palabra. ¡Pero no seamos generosos con nosotros mismos! Nos tenemos que evaluar con exigencia y sin piedad. El pecado es pecado, y no tiene otra connotación. Dejemos que sea Dios el que nos juzgue y nos absuelva. ¡No hagamos ese trabajo por Él!

Ante todo, comprendamos que el perdón es una Gracia de Dios, que es profundo y liberador cuando tenemos una intención sincera de sanar nuestras emociones, purificar nuestro ser más profundo, limpiar el alma del pecado y procurarle el alimento que necesita para crecer, que es la Palabra de Dios.

Así, en un camino largo y con muchas luchas interiores que la mentalidad social no siempre comprende, transformaremos de a poco, nuestros sentimientos, pensamientos y actitudes pero de raíz, para que nuestra planta interior sea de verdad una planta más bella.

Ese es el mensaje de un Hombre que nos demostró que era Dios desde una Cruz de humillación, dolor, desprecio e injusticia pero llena de amor. De esta manera, nos enseñó que el amor no juzga las apariencias, y que la unión más grande con nuestro Padre existe cuando el perdón por amor a Dios es el sentimiento más sublime que, en condiciones adversas, los cristianos estamos invitados a imitar. Encontremos nuestra cruz, aceptemos quiénes somos, perdonemos con amor por Amor.

"Examínense para comprobar si están en la verdadera fe.

Pónganse a prueba seriamente.

¿No reconocen que Jesucristo está en ustedes?

¡A menos que la prueba se vuelva contra ustedes mismos!

Entonces tendrán que reconocer -así lo espero- que ella no se vuelve contra nosotros."

2 Corintios 13, 5-6

## Capítulo 2

### **El árbol nos enseña de nosotros mismos**

Vamos a imaginarnos que las personas somos como un árbol de un hermoso y gran bosque. ¿En qué reside la belleza del bosque? ¿En que un árbol sea el más lindo? ¿Cuál sería ese, entonces? Pero no, la belleza del bosque no reside en el monopolio de un solo árbol, sino en la belleza de todos y cada uno, porque todos fueron deseados, ideados y creados por Dios. ¿Hay algún árbol que sea el más útil? No, todos lo son aunque de manera diferente.

A lo mejor, alguien podrá decir que el naranjo es más útil que el sauce, ya que su fruto alimenta; pero otro considerará que el sauce es más provechoso que el limonero, ya que su sombra reconforta, y mientras que el jugo del limón puede resultar agrio al paladar. Unos dirán que el naranjo es mejor que el ciruelo. Otros dirán que el ceibo es más pintoresco. Y habrá quienes pensarán: "¿Qué importa lo pintoresco, cuando hay hambre?". Las personas también somos diferentes y cada una tiene una misión distinta.

Todos los árboles al estar bajo la influencia de las estaciones del año, sufren cambios. Estos cambios los hacen más o menos hermosos, más o menos útiles, más o menos pintorescos. Aunque lo desearan, los árboles no podrían dejar de reaccionar ante el paso del tiempo. Los seres humanos poseemos mucho en común, como el cuerpo: algunos son más fuertes que otros, algunos son más hermosos que otros, algunos son más sanos, otros somos más débiles, pero, finalmente, todos estamos bajo la influencia del paso de los años. ¡Cómo nos enseña la naturaleza!

Permanentemente, Dios nos da respuestas a nuestras angustias, a nuestros problemas, a nuestros dolores; pero, por lo general, estamos tan centrados en nosotros mismos, que no nos damos cuenta.

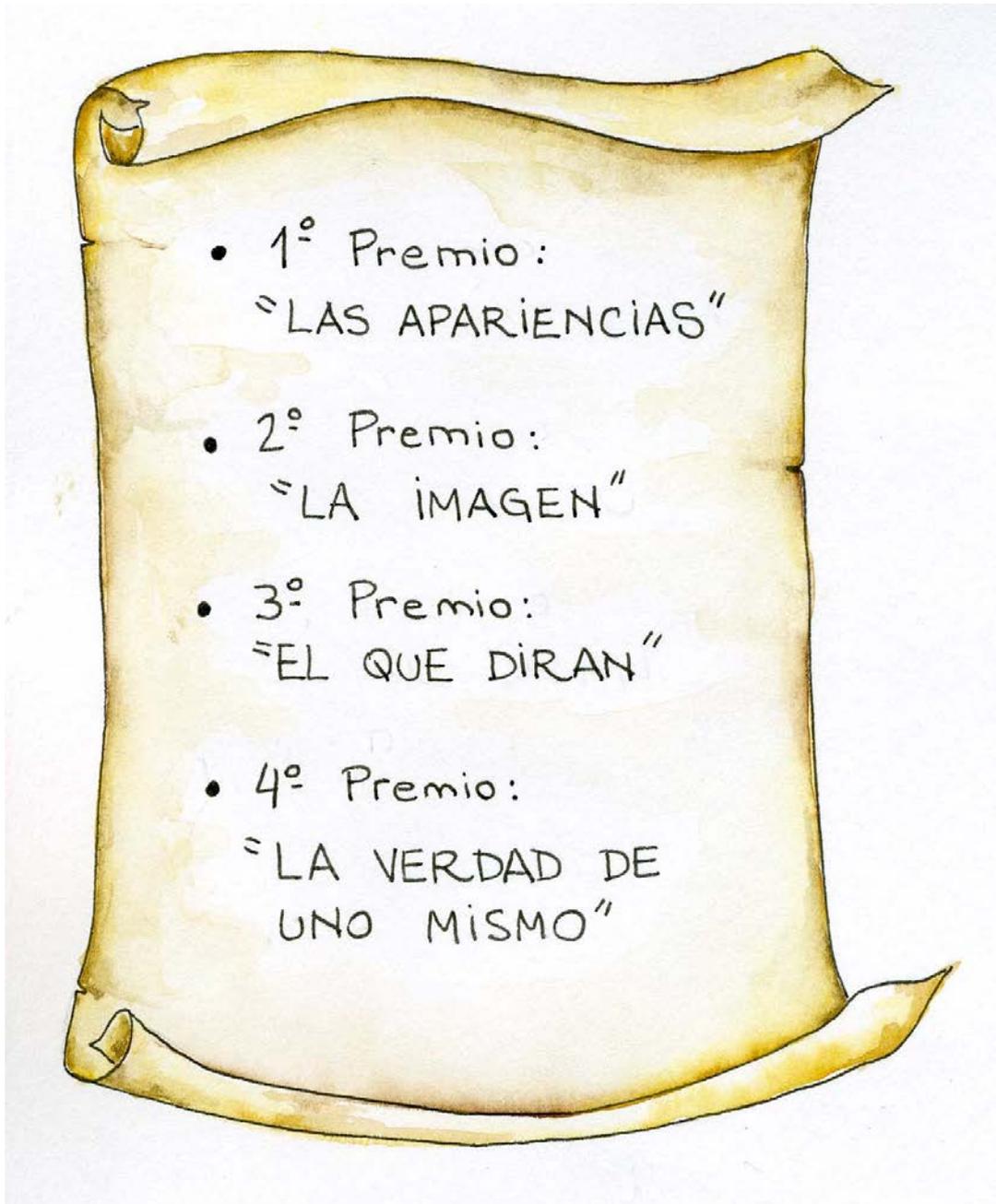
Nosotros podemos aprender de los árboles, pero ¿de qué manera? ¿Cómo podríamos aprender de ellos?

En primer lugar, aceptando a los demás tal cual son, y no pretendiendo que todos sean naranjos, por el solo hecho de que a nosotros nos gusten las naranjas; aceptando, también, el paso del tiempo y los cambios físicos que se van dando en nuestro cuerpo. A veces queremos contrarrestar el paso del tiempo con cirugías o cosas que lo disimulen porque no nos gusta.

Pero, ¿A quién le estamos mintiendo? ¿Al espejo? No, a nosotros mismos. Es como si el árbol, en el otoño, se pegara hojas con un pegamento especial para no perderlas, y que todos lo admiraran, pues ha logrado permanecer bello, cuando todo el resto está ya sin hojas. De esa manera un día el pegamento se volvería muy conocido y muchos otros árboles lo querrían comprar para, así, evitar quedarse sin hojas.



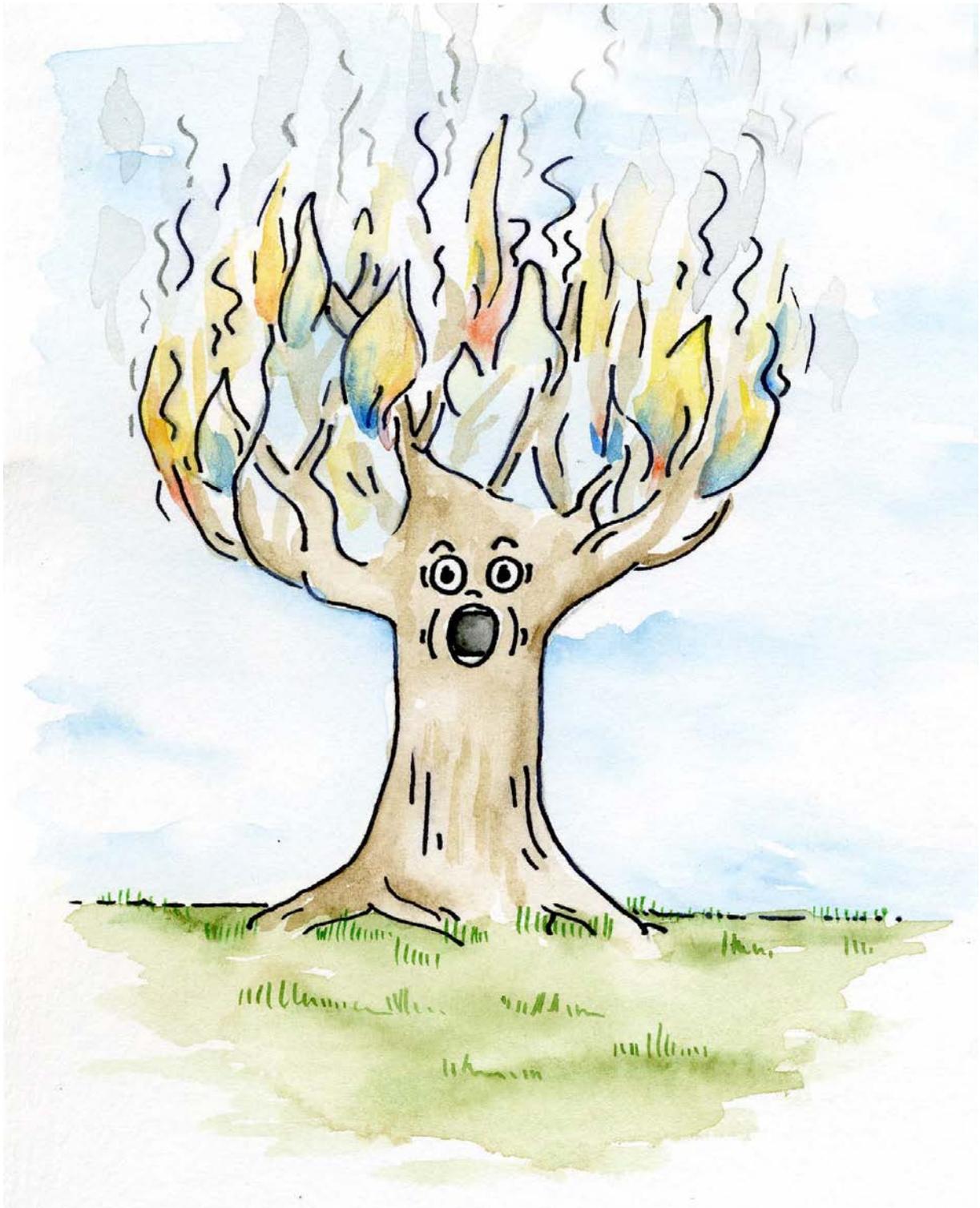
Estaríamos viviendo ese momento en el que la belleza no pasaría por ser quienes somos, sino por aparentar lo que no somos. Entonces, la mirada del hombre estaría admirando a quien permanece con la mayor cantidad de hojas en pleno otoño ignorando lo que sufre la savia a causa del pegamento, que impide que circule por el tronco alimentándolo, nutriéndolo, filtrándose por dentro hasta terminar asfixiando al árbol.



Y en nosotros, se daría algo parecido cuando ponemos nuestra mirada en el exterior de nosotros mismos, adjudicándoles un valor desmedido al cuerpo, a la vestimenta, a lo que mostramos y el parámetro con el que nos medimos pasa a ser la balanza, la apariencia, la tonicidad de los músculos, lo que dicen los demás o la belleza exterior. Es entonces cuando la savia se va muriendo, poco a poco.



Pero, en nosotros, se muere la capacidad de ver la belleza interior, que sólo se ve con los ojos del amor, que comienzan a cerrarse, de la misma manera como se apaga una tenue vela. Y la admiración por el mundo, por lo exterior, por aparentar frente a los demás se enciende como el fuego que todo lo devora. Hasta que llega un día en que no se sabe cómo apagar ese "amor" enfermizo y desenfrenado. Pero no es amor.



El amor es como el fuego: da calor, arde en el corazón, cautiva, enceguece; y como todo fuego hay que alimentarlo, controlarlo y cuidarlo. El amor de Dios es fuego que nunca destroza; que nunca quema para lastimar, sino para transformar. Él extingue todo lo que no sirve al ser humano: el orgullo, la soberbia, la vanidad, el odio.



En cambio, el "amor" desordenado es como si camináramos por nuestra casa con una antorcha encendida y, con ella, bañáramos a nuestros hijos, cocináramos, atendiéramos el teléfono, tendiéramos las camas y laváramos la ropa, todo lo quemaríamos Y, así, dejaríamos heridas y destrozos debido a nuestro actuar.

En el matrimonio, por ejemplo, esto se daría en un "amor" excesivo al trabajo, al lugar donde vivimos: sería como el "amor" a un tercero.

¿Cuántos matrimonios se queman por el "amor" a una tercera persona?  
¿Cuántos padres dan explicaciones en nombre del "amor", para quemar sus hogares?

Otro tanto sucede con nuestros jóvenes: el amor en sus corazón es quemado por el "amor" al sexo, a la ropa, a seducir a través del cuerpo, en lugar de seducir a través de las virtudes del corazón, por el amor desmedido al estudio, considerándolo el cimiento de su futura vida, por el amor desmedido al trabajo o a posibilidades de progresar, por el amor a mostrar los logros personales.

No es que todo eso esté mal, pero hay fuegos que deben controlarse para que no roben espacio en nuestro corazón, como la dedicación al trabajo o el lugar que ocupa el estudio en nuestra vida.

Hay otros fuegos que queman la semilla recién sembrada, como, por ejemplo, cuando nos enamoramos y amamos corporalmente antes de amarnos de corazón. No sólo se trata de dejar que el amor madure sanamente, sino de hacer las cosas a la manera de Dios. Podemos hacer nuestra vida a nuestra manera, pero si la hacemos a la manera de Dios, y nos amamos a la manera de Dios, podríamos ser más felices y nada quemaría nuestro matrimonio.

Es la decisión de cada uno; pero a veces, haciendo estas cosas, "creemos" sentir felicidad, pero también el árbol que pegó sus hojas dice serlo, pero ¿lo es? La felicidad no es hacer lo que queremos. Ni es vivir según el fuego del momento.

¿Qué es la felicidad? La felicidad es encontrar el fuego que todo lo transforma para bien y jamás quema ni hace sufrir. Es encontrar el fuego que da calor y nos hace sentir reconfortados en nuestro interior. Es encontrar ese fuego y que todos los demás fuegos de nuestra vida dependan de Él. Es encontrar el fuego del amor de Dios; y, para eso, dejemos que Él extinga los desórdenes que han dejado en nuestra vida los demás fuegos.

Si queremos cambiar por una sociedad mejor, más sana y más cristiana, tenemos que comenzar por nosotros mismos, por extinguir de nuestros pensamientos, todo lo que va en contra de los mandamientos; por extinguir de nuestro corazón, todo lo que va en contra del perdón de Dios

Acerquémonos al fuego del amor de Dios con confianza y seguridad. Animémonos a hacer un cambio radical para que Dios nos conceda la gracia de una conversión de corazón y de vida.

“Así, habiendo recibido la posesión de un Reino inconmovible, aferrémonos a esta gracia, y con piedad y temor, tributemos a Dios un culto que le sea agradable, porque nuestro Dios es un fuego devorador”.

Hebreos 12, 28-29

## Capítulo 3

### **Elegimos el cristiano que queremos ser**

Podemos ser como un árbol destinado a dar fruto, como el naranjo. Podemos procurar de un jardinero que lo pade, lo riegue, lo cuide de los bichos, lo nutra, pero podemos encontrar que, aún así, año tras año, no crece el fruto. Seríamos como una persona que recibe al Espíritu Santo, pero no vive según Sus mandamientos.

Podemos ser como otro árbol que el jardinero riega y da fruto; lo nutre y da el doble de frutos; lo poda y da el triple: Es aquel que recibe al Espíritu Santo y vive de corazón según los mandamientos.

Podemos ser como un tercer árbol, que no llama al jardinero, ya que ha recurrido una vez a él y ha dado frutos. Entonces, conformes, no lo podan ni lo nutren ni lo riegan, pues como ya lo han hecho, ha guardado sus reservas. Da fruto, pero éste no es sabroso, no tiene jugo ni sabor. Hace tanto que no lo renuevan que ha olvidado cómo es el verdadero fruto. Y se ha acostumbrado a ese. Es la persona que vive según los mandamientos, pero que no se abre al auxilio del Espíritu Santo. Le falta la alegría de la Esperanza y la Fortaleza de Dios.

Todos los árboles son amados y deseados por Dios; pero Él quiere que demos el ciento por uno en esta vida. Cada uno decide qué árbol ser.

El jardinero no hace la diferencia, sino que la hacemos nosotros con nuestras prioridades.

Cada uno elige, y debe hacerlo con responsabilidad y libertad, pues luego vive las consecuencias de su elección.

“Yo soy la vid, ustedes los sarmientos.  
El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto,  
porque separados de mí, nada pueden hacer.  
Pero el que no permanece en mí, es como el sarmiento que se tira y se seca;  
después se recoge, se arroja al fuego y arde.  
Si ustedes permanecen en mí y mis palabras en ustedes,  
pidan lo que quieran y lo obtendrán.  
La gloria de mi Padre consiste en que ustedes den fruto abundante,  
y así sean mis discípulos.”

Juan 15, 5- 8.

## Capítulo 4

### Conocer la libertad del verdadero amor

“Había una vez un fuerte y noble manzano, que vivía alegremente en un bosque. Este manzano cuidaba mucho de sus ramas; se aseguraba que todas recibieran de su savia para crecer fuertes y dar sus frutos. Para eso, le daba a cada una, especial atención. Él sabía exactamente cuánta luz y calor del sol necesitaba cada una de ellas... ¡sus ramas eran tan felices! Él las alimentaba y cuidaba celosamente. Cerca del manzano, creciendo rápidamente, había un limonero que protestaba continuamente; culpaba al manzano si recibía mucha luz o si recibía poca luz..., si le quitaba el agua o si lo inundaba..., en una palabra... lo envidiaba secretamente y murmuraba durante todo el día.

Un día... una de las ramas del limonero se estiró muy alto y, sonriendo, le dijo:

-“¡Hola, compañera!, pero... ¡qué alta que eres!, debes de ser una de las ramas más altas de este manzano, pero bueno..., no la más alta”. La rama miró alrededor y comprobó que efectivamente era cierto, nunca se había fijado en eso antes, claro que era alta... -“¿Eso me hace importante?” - preguntó asombrada...

-“Por supuesto..., aunque no la más importante”, contestó el limonero.

-“¿Qué quieres decir?”, preguntó la rama...

-“¿Es que no lo ves?, ¡mira alrededor...!, ¡despierta...¡estás rodeada de tantas ramas...! Algunas son aun más altas que tú y se roban la luz del sol que sería tuya. ¡Si ellas no estorbaran...! Además, se alimentan de la savia que podría ser tuya. ¡Si no te la quitaran...!”

La rama... miró alrededor confundida... y vio que ella no era la más alta; claro... tenía razón, seguro que le sacaban la luz y la savia... ¡y ella que había sido tan feliz! Primero sintió dolor, que después, se transformó en bronca..., pero en lugar de hablar con el manzano, se quedó murmurando enojada.

Cuando llegó el verano, el manzano comprobó feliz cómo sus ramas daban frutos y se llenaban de dulcísimas y jugosas manzanas. Todas... excepto una. Es que la rama estaba tan preocupada por ser la más alta y por recibir mucha luz, que no pensaba desperdiciar ni un poco de la savia que recibía..., la necesitaba.

El manzano, preocupado, intentó hablar con ella, pero la rama ya no lo escuchaba, estaba tan absorta en sus murmuraciones y enojos... que ya no lo podía escuchar.

-“Veo que no tienes manzanas” le dijo el limonero a la rama... “Hasta eso te han quitado..., pobrecita. Yo te ayudaré... Yo fui rama alguna vez, e igual que a ti, me saboteaban, me envidiaban... yo era claramente mucho más rama que las demás; así es que tomé la decisión y me separé del resto”.

-“¿Cómo?”, preguntó la rama curiosa...

-“Fácilmente; sepárate del resto de las ramas y quítale tu savia, tu luz... ¿Es que no te gustaría ser árbol y no depender del tuyo para que te alimente...? Déjate caer a tierra y serás tú, tu propio árbol; fuerte..., independiente..., único...”

Y así lo hizo.

¡Qué tristeza la del manzano cuando vio cómo una de sus ramas se desgarraba de él..., ya no la podía alimentar ni cuidar amorosamente! Ya en el piso..., la rama empezó a sentir cómo su interior se secaba y cómo ese alimento tan maravilloso que daba por sentado, no provenía de ella, sino del manzano.

Sin la savia de vida... poco a poco se fue secando... y comprobó cuán necia había sido al buscar afuera, lo que siempre tuvo dentro, esa savia que tan amorosamente había sido dada por igual a cada rama por ese manzano que tanto había cuidado de ella.”

Muchas veces nos pasa como a esa rama del manzano, que queremos ser más que los demás y terminamos por gastar nuestras energías insistiendo en mostrarnos a nosotros mismos. Otras, nos parecemos al limonero y, envidiosos de lo que tienen los demás, buscamos generarles conflictos internos para no verlos tan satisfechos. Y también sufrimos porque sentimos que las cosas nos salen mal, como si fuésemos víctimas de alguna circunstancia, como el manzano que llora por su rama cuando se seca y no nos damos cuenta que estamos viviendo las consecuencias de nuestras acciones. Eso sucede porque somos necios y no vemos el mal que nos dejamos hacer ni el mal que provocamos.

La rama del manzano puede decir: "Fue culpa del limonero", pero el limonero dirá: "Yo no la obligué".

Finalmente, ¿de quién fue la culpa y la responsabilidad de que la rama cayera? De la falta de virtud de la rama, de ella y sólo de ella.

Cuando nos dejamos influenciar por los demás, sea quien sea, estamos decidiendo lo que dejamos entrar en nuestros hogares. Lo que sucede cuando dejamos que otras personas modifiquen nuestra manera de pensar, es nuestra responsabilidad.

La "culpa" de que otros principios se hayan instalado en nuestros pensamientos, es nuestra.

¿Dejaríamos que alguien, porque lo queremos mucho o porque lo admiramos o porque simplemente tiene más carácter que nosotros, pinte de otro color nuestra habitación?

¿Qué pasaría si un día llegamos a nuestro hogar y alguien a quien queremos nos ha modificado, según su criterio, todo lo que había en él?

Así sucede cuando, para quedar bien, comenzamos a pensar según nos dicta otra persona que amamos.

Sería muy conveniente para nosotros que esos nuevos pensamientos fueran para bien, o sea, que los cambios hechos en nuestra casa fueran para mejor, pero ¿qué pasa cuando nos incitan a ser infieles a nuestros valores, a nuestros principios y, pero aún, influyen sobre nosotros para actuar contra los mandamientos?

Los cristianos estamos viviendo momentos de tibieza, pues no nos hemos puesto firmes para decir "no" a las malas influencias; a lo mejor, porque hay una relación de afecto o por falta de convicción, pero cada uno debe volver a sí mismo y replantearse si va a pensar y vivir la vida como cristiano o como la mayoría ya ha determinado.

Muchas veces, confundimos el amor entre nosotros con ceder valores o principios.

Creemos que tenemos que dar razones que justifiquen nuestras convicciones. Hasta que los cristianos no empecemos a pensar como tales, y a adoptar la personalidad de quienes nos precedieron, no podremos alejar de nosotros, aunque sea de manera interior, a quienes nos quieren hacer flaquear, con o sin intención Y nos sucederá como al manzano que no pudo contra las tentaciones de un simple limonero. Apoyémosnos en Dios. Cristo es la Palabra, que es fuerte y clara, estable y virtuosa, que soporta tormentas y huracanes, ¿no va a poder soportar las insignias de un limonero?

“Estén alertas, manténganse firmes en la fe, sean hombres, sean fuertes.  
Háganlo todo con amor”

1 Corintios 15, 13-14.

## Capítulo 5

### En la entrega, está la felicidad interior

#### Camino de conversión:

En el Evangelio, Jesús nos enseña con sus actitudes y sus palabras, que respetan nuestros tiempos y nos espera, pero no nos espera pasivamente; es una espera activa. Dicha espera se puede comparar con la espera de un jardinero, que ha sembrado una semilla de naranjo, que vela por ella y cuando la planta crece, la cuida del frío, de las plagas y de los hongos, que la puedan estropear. Nosotros somos como esas plantas, y Jesús, que es el jardinero perfecto, nos cuida y protege. Pero hay una gran diferencia, y es que nosotros muchas veces utilizamos nuestras ramas, para sacar los fertilizantes que Él, con empeño, puso en nuestra tierra.

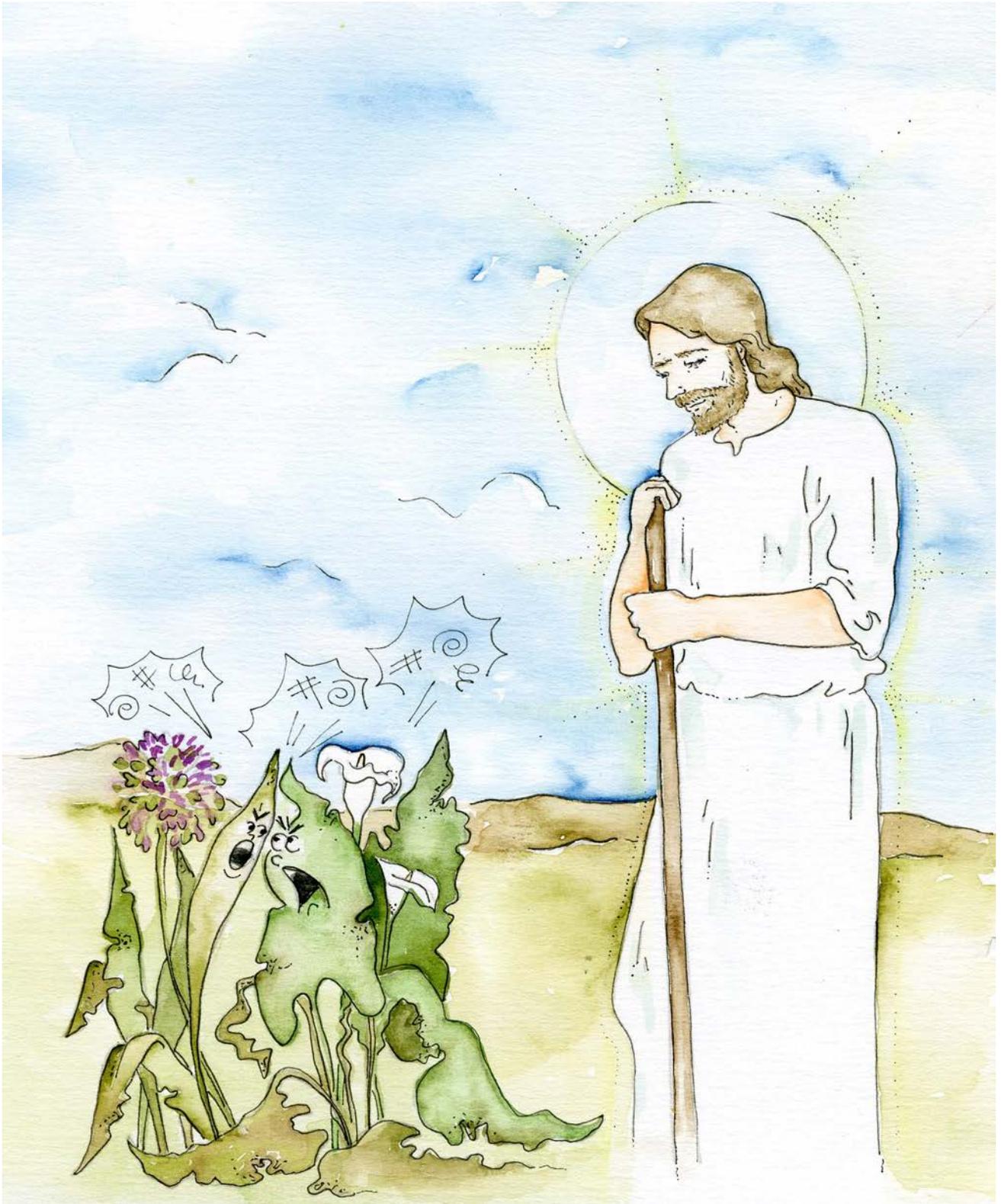
Muchas veces no nos dejamos limpiar los hongos que han crecido en nuestras hojas.



Otras veces no dejamos que el agua que usa para regarnos penetre y dé vigor a nuestro corazón.



Muchas veces ponemos barreras, pero Él no se deja vencer y espera a que llegue el momento apropiado.



Para que Jesús actúe en nuestra vida y nos dé la Gracia de la conversión, necesitamos demostrarle, con hechos concretos, que verdaderamente, de corazón, queremos entregarnos a Él, que queremos cambiar nuestra vida y dejar atrás los vicios, las miserias y las actitudes que nos alejan del camino de conversión.

Al igual que cuando un hombre se enamora de una mujer y ella necesita pruebas concretas de ese cariño que nace, como una mirada, una caricia, un gesto, un ramo de flores, Jesús también necesita que le demostremos, con actos concretos, que queremos sacarnos los vestidos viejos, para recibir las vestiduras interiores de la Gracia de Dios...

“Por lo tanto, hagan morir en sus miembros todo lo que es terrenal: la lujuria, la impureza, la pasión desordenada, los malos deseos y también la avaricia, que es una forma de idolatría.”

Colosenses 3,5

"Tampoco se pone vino nuevo en odres viejos, porque los odres revientan, el vino se derrama y los odres se pierden..."

Mateo 9, 17

Él quiere que dejemos atrás los cacharros viejos para recibir los nuevos y tener dónde depositar la Gracia de Su Sabiduría.

¿Acaso pondríamos el mejor vino en un barril que pierde por tres agujeros? No, no querríamos que nada se desperdiciara; lo mismo ocurre con Dios: Él quiere que nos transformemos por dentro para que aprovechemos toda Su Gracia y que ésta no quede desperdiciada en las grietas de nuestros defectos, vicios y ataduras, para poder así, evitar que se vaya por las aberturas de nuestras "redes".

### **Necesitamos un cambio radical y sincero**

Muchas veces queremos cambiar, pero no sabemos cómo hacerlo, no encontramos la manera de decir "*basta, necesito ser una persona nueva*", nos encontramos con muchos "peros". Muchas veces, las acciones del pasado nos impiden continuar, atándonos a actos que nos han dejado expuestos ante otras personas, y no podemos cambiar pues estamos sujetos a una imagen que ya se han forjado los demás de nosotros. Necesitamos saber cómo transformarnos, qué decisiones tomar para que ese "basta" sea eficaz.

En ocasiones, cuando queremos cambiar, nos sentimos como un perro que ha estado atado toda su vida atado a un árbol, y un día le cortan la soga que

lo mantenía atado y no sabe cómo comportarse ni adónde ir. Y, si hemos hecho muchas macanas en nuestra vida, ese cambio no parece creíble ni para nosotros mismos. Necesitaríamos un cambio radical y sincero para vernos a nosotros mismos como personas renovadas y diferentes.

En el Evangelio, nos cuentan la historia de Zaqueo:

"Allí había un hombre muy rico llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos. Él quería ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la multitud, porque era de baja estatura."

Lucas 19, 1-10

Muchos nos parecemos a Zaqueo, queremos saber quién es Jesús, pero no sabemos cómo, pues "no tenemos la altura necesaria para verlo". Nuestros egoísmos y nuestra soberbia nos ciegan, y no podemos ver la mirada de amor de Jesús. Nuestro deseo es grande, pero nos sentimos imposibilitados de llegar a Dios, vemos que hay otros más "altos" y con más posibilidades que nosotros para estar con Él.

Frente a esto, nos podemos quedar con nuestra incapacidad pensando "soy bajito, no llego" y decidir irnos a nuestra casa para no sentirnos humillados por los que son más "altos". También podemos quedarnos en ese lugar, pero con la actitud de derrota, sintiendo que todos pueden hacer algo que nosotros no. Todo dependerá de lo que llevemos dentro.

“Entonces se adelantó y subió a un árbol para poder verlo, porque iba a pasar por allí“

Lucas 19,4

Zaqueo no se quedó justificándose con su baja estatura, no se quedó frustrado por no poder cambiar su realidad sino que, asumiéndola, buscó la manera de satisfacer su necesidad de ver a Jesús, sólo quería verlo pasar. Para cada uno de nosotros ese "árbol" que le otorgó a Zaqueo la altura necesaria para ver y ser visto por Jesús representa algo diferente, un libro, un sacerdote, un amigo, la naturaleza, recibir un gesto de cariño, una canción que llega al corazón.

Zaqueo, para decidir subir a ese árbol, antes tuvo que asumir su baja estatura, conocer su realidad, aceptarla, conocer su limitación. A nosotros muchas veces nos cuesta asumir quienes somos, cómo somos, nuestras incapacidades y limitaciones.

"Al llegar a ese lugar, Jesús miró hacia arriba...".

Jesús mira hacia Zaqueo porque sabe que está preparado para recibir esa mirada, esa llamada de conversión, pero no basta con que sólo haya llegado el momento, pues si Zaqueo se hubiese ido a su casa frustrado por su limitación, Jesús hubiese levantado su vista y hubiese encontrado la rama vacía.

Así como Zaqueo puso de sí, nosotros tenemos que animarnos a vencer lo que nos impide elevarnos para sentir a Dios, aquello que nos limita y nos insta a quedarnos cómodos donde estamos, a no movilizarnos de nuestra vida conocida, a no tomar riesgos para jugarlos por lo que sentimos.

"...y le dijo: Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa." Lucas 19, 5

Jesús le dio a Zaqueo más de lo que él esperaba: sólo pretendía ver a Jesús, pero recibe de Jesús un pedido, Jesús le da a Zaqueo más de lo que él esperaba, porque así es Dios... generoso, no mira lo que hizo Zaqueo, sino que responde a su necesidad de recibir Su Gracia, y le pide que baje del árbol, de ese árbol que para Zaqueo fue una ayuda, una posibilidad de poder satisfacer un deseo fuerte de su corazón, pero Jesús quiere mostrarle a Zaqueo que con Él, va a encontrar la verdadera respuesta a la necesidad de su corazón. En numerosas ocasiones, nos quedamos con "árboles" que pueden habernos ayudado mucho y pueden haber sido buenos para nosotros en un determinado momento, pero Dios nos pide que nos bajemos de ellos para tener un acercamiento más íntimo, más personal con Él, un compartir que genere más confianza entre un Padre y un hijo, entre dos personas que quieren ser amigas,

¿Cuáles son esos árboles a los que nos hemos subido y en los que estamos muy cómodos "viendo"?

¿De qué árboles tendríamos que bajarnos para que Cristo entre más en nuestra casa?

¿Queremos permanecer "viendo" cuando podríamos hospedar a Cristo dentro de nuestro corazón... de nuestros pensamientos... de nuestra vida?

"Zaqueo bajó rápidamente y lo recibió con alegría" Lucas 19, 6

Zaqueo no se quedó pensando cómo podía ser que una persona tan requerida como Jesús, al que toda la multitud buscaba, le pidiera hospedaje justamente a él, que era un hombre alejado del camino que enseñaba Cristo. Zaqueo no se perturbó pensando cómo iba a atenderlo o qué tendría que hacer, o por qué Jesús se comportó así, sino que se bajó rápidamente del árbol.

¡Entusiasmado por poder tener esa oportunidad!

“Y Zaqueo dijo resueltamente al Señor:

- Señor, ahora mismo voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres
- y si he perjudicado a alguien, le daré cuatro veces más -" Lucas 19, 8

Zaqueo recibe a Jesús en su casa, en su intimidad, habrán hablado de lo que era para él la felicidad, lo que había construido buscando esa felicidad; Jesús le habrá preguntado sobre quiénes eran sus amigos, sobre la amistad; habrán conversado sobre el valor de la familia, sobre el lugar que ocupaba Dios en su corazón, en su vida, en sus prioridades y Zaqueo decide hacer un cambio, reparar sus acciones, reparar su corazón, transformando su vida.

Zaqueo hace que su deseo de corazón se haga realidad; no se conforma con ver, sino que quiere convertirse en otra persona y es esa conversión sincera y profunda lo que hace que Jesús diga:

"hoy ha llegado la salvación a esta casa".

Zaqueo no experimentó esa salvación en su corazón cuando logró ver a Jesús subido al árbol, Zaqueo no sintió la felicidad interior por desear a Cristo, Zaqueo no experimentó la liberación del perdón por la Presencia física de Jesús en su casa junto a Él, sino sólo cuando sacó la verdad de sí mismo y quiso reparar para hacer el bien, para cambiar, para no volver a ser el mismo Zaqueo de antes.

Nosotros queremos sentir muchas veces la Paz interior y recibir las Gracias del Señor; queremos que levante la vista pero no estamos dispuestos a hacer el esfuerzo de subirnos a un árbol para verlo; queremos que se hospede en nuestra casa sin tener nosotros la intención de un cambio sincero; queremos ser perdonados con nuestros sacos viejos y nuestras acciones escondidas, como aquellos tesoros que Zaqueo poseía indebidamente.

Aprendamos de Zaqueo, asumamos quiénes somos. Encontremos el árbol para ver al Señor pasar. Bajemos con prontitud para darle hospedaje en nuestro hogar interior, y una vez que esté con nosotros, en esa intimidad de nuestra casa... ¡sincerémonos con Él...!

¡Reparemos cuanto podamos, y así vivamos renovados en la Gracia de Dios...!

"Y yo rogaré al Padre, y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes: el Espíritu de la Verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Ustedes, en cambio, lo conocen, porque él permanece con ustedes y estará en ustedes."

Juan 14, 16-17

## Capítulo 6

### La cizaña

#### Mirar con los ojos del corazón

Estaban Jesús y un joven caminando por un sendero. Hacía calor y había muchos insectos que molestaban. El joven miraba a Jesús, quien parecía no fastidiarse por las molestias inevitables de ese tiempo caluroso, que aplastaba hasta al más entusiasmado.

El muchacho no lo comprendía pues él estaba más que molesto, más que de mal humor, quería agua, quería sacar esos bichos, quería gritar, quería cambiar su realidad.

De repente, se acercaron a Jesús unas personas que parecían contentas de verlo, de poder conversar un poquito con Él y Él estaba dispuesto a escucharlas. El joven no sabía quién era Jesús pero veía que seguramente era alguien importante!! De pronto, sintió que él mismo quedaría como alguien importante pues estaba caminando con ese Señor tan conocido, entonces se le mejoró el ánimo y empezó a pensar en cómo mejoraría su reputación a causa de Jesús.

Entonces escuchó, como si fueran unas voces de fondo, a las mujeres preguntar qué era la cizaña y a ese importante desconocido, contestar, y luego a las mujeres pensar, reflexionar, y ese hombre seguía explicando cosas que él nunca había escuchado.

La desilusión apareció como una nube de polvo molesta... ¿Por eso era importante? ¿Por hablar de cosas interiores? ¡Y él que creyó que iba a poder sacar provecho de esa situación!

Entonces, sus pensamientos volvieron a la realidad y recordó todo el camino que le faltaba recorrer, kilómetros y kilómetros bajo ese sol insoportable, entonces escuchó... *"y verán con los ojos del corazón"*

¿Ojos del corazón? ¿No sería un loco de esos que creen que pueden imaginarse cosas y, encima... se creen lo que se imaginan?

Cuando siguieron caminando solos, se animó a preguntar ¡Total...! ¿Qué tenía que perder? “¿Qué debemos ver?”, arriesgó.

- Mira... puedes ver los árboles a nuestro alrededor, puedes sentir el calor y ver el sol, puedes sentir el cansancio, puedes ver las piedras que pisamos y la tierra que se levanta, pero ¿cómo ves tu interior?

- ¿Mi interior? No lo veo; ¿para qué querría verlo?

- Si estás enfermo y no sabes qué te ocurre, querrías ver qué le pasa a tu cuerpo, qué es lo que le pasa por dentro, para poder resolver tu molestia. En el interior, en el corazón, muchas veces también estás enfermo, y si no te das cuenta, esa enfermedad se propaga y se agranda.

- ¿Y qué me pasa?

- Te sucedería lo mismo que le ocurrió a un hombre que tenía un campo en el que se había esmerado e invertido una gran suma en sembrar la mejor semilla. Luego de trabajar duro varias jornadas, él y su gente se tomaron unos días de merecido descanso. Estaban contentos por el trabajo realizado, festejaron por lo prometedor de la cosecha y se fueron a descansar. Mientras dormían, vinieron unos campesinos que habían sembrado lo mismo en un campo cercano y, temiendo por su recaudación a la hora de la cosecha, sembraron una mala semilla junto a la buena.

-Y eso, ¿qué quiere decir?

- Quiere decir que debes cuidarte, especialmente cuando crees que ya has logrado eso bueno que te habías propuesto; cuando crees que el trabajo ya está terminado y estás bajando los brazos, satisfecho y sobre todo, cuando sólo esperas los frutos y mides la cosecha.

- Pero ¿de qué me debo cuidar? ¿En mi trabajo?

- Te debes cuidar de no confundir el mal por bien; no suponer mal donde hay bien; no mirar la realidad, con ojos de cizaña, con ojos de resentimiento, con ojos de vanidad, con ojos de codicia.

-Y eso, ¿para qué?

- Si tú quieres alcanzar la felicidad verdadera, entonces deberás hacer el esfuerzo de cuestionar tus pensamientos, de cuestionar tus ideas sobre los demás, de cuestionar tus reacciones, medir la verdadera intención de tus decisiones, preguntarte por qué mueves tanto tu lengua al juzgar, y sí juzgar, en cambio, tus propios prejuicios.

- Bueno, ¡Pero para eso tengo que saber qué es un prejuicio, qué es juzgar! ¡Tampoco se puede estar todo el tiempo pensando tanto!

- Por eso te dije: "¡Si tú quieres alcanzar la verdadera felicidad".

Es una decisión tuya, primero, tendrás que ver si lo que siembras en tu interior ¿Es semilla buena o cizaña? ¿Es codicia, disfrazada de logros laborales? ¿Es vanidad, disfrazada de dulzura? ¿Es amor propio, disfrazado de dolor? ¿Es ambición, disfrazada de talento?

¿Es soberbia, disfrazada de éxito personal? ¿Es orgullo, disfrazado de un consejo? El bien y el mal están tan mezclados, tan sutilmente confundidos, que sólo una real y sincera toma de conciencia acerca de qué es uno y qué es el otro, a la Luz de la Verdad de Dios del Evangelio, nos puede proteger de no confundirnos y creer que estamos en buen camino cuando, en realidad, si probáramos de la semilla que damos a los demás a lo mejor seríamos los primeros en no comerla.

Miremos dentro nuestro con atención y sinceridad para ver la verdad de nuestra historia. Demos luz a nuestros dolores y confusiones, porque Cristo ha venido a darnos un nuevo ser, a renovar nuestro corazón y, para eso, necesitamos abrir bien grandes los ojos del corazón a nuestro interior, para dejarnos ayudar a separar lo que ha crecido como bueno sin serlo. Cerremos los ojos a la forma de actuar de los demás y dejemos de "suponer" sus intenciones, que ya con las propias, tenemos un arduo y duro trabajo por delante.

"Porque es del interior del corazón de los hombres,  
de donde provienen las malas intenciones, las fornicaciones, los robos, los homicidios,  
los adulterios, la avaricia, la maldad, los engaños, las deshonestidades, la envidia,  
la difamación, el orgullo, el desatino.  
Todas estas cosas malas proceden del interior y son las que manchan al hombre."

Marcos 7, 21-23

"El campo es el mundo; la buena semilla son los que pertenecen al Reino;  
la cizaña son los que pertenecen al Maligno y el enemigo que la siembra es el demonio;  
la cosecha es el fin del mundo y los cosechadores son los ángeles".

Mateo 13, 38-39

## Capítulo 7

### El árbol y su crecimiento

Muchas veces no podemos ver el bosque que existe en el otro porque tenemos el corazón cerrado, miramos como por un agujero por el cual sólo se ve una parcela del otro, tal vez la que menos lo favorece.



Con la gracia de Dios, abrimos el corazón y podemos mirar al otro desde otro lugar, con más apertura y comprensión.



Por eso, para que podamos ampliar nuestra mirada interior,



así como se poda un árbol, Dios nos poda el interior, trabaja en él para que crezcamos con más fortaleza. Generalmente sentimos dolor ante este trabajo de la gracia y no vemos que Dios está detrás.

Una manera de recibir esa gracia es el examen de conciencia sincero con Jesús.

### **Dios es sanador**

Dios es el dueño de toda la plantación, desde las semillas que crecieron como grandes árboles, hasta de los árboles que no han logrado echar sus raíces. Es el encargado de cuidar la plantación de las plagas de bichos, de virus y de bacterias. Pero el servicio de Dios es diferente de los que conocemos. Dios posee el producto que mata todo lo que arruina el árbol, pero para recibirlo, hay condiciones:

Primero: que el árbol se dé cuenta de que tiene una enfermedad.

Segundo: que el árbol desee curarse. Muchas veces no tenemos intención de curarnos por que no vemos ese mal, ya que está en la raíz, no estamos recibiendo los nutrientes, o hay poca savia en las ramas y por eso los frutos no crecen.

A veces nos juzgamos demasiado benevolentes con nosotros mismos, sólo consideramos los logros, los éxitos, lo que se ve, pero no tenemos en cuenta el interior.

A veces para embellecer nuestro interior, la gracia de Dios actúa como un jardinero que utiliza un hacha y poda las ramas frondosas del árbol, lo trasplanta a una tierra más fértil, lo fumiga y lo sana, pero el árbol se ve pobre de belleza, se ve pobre de grandeza y no se siente sanado sino humillado. En ese estado, desconfía de Dios o pide más ayuda a Dios, intentando cambiar su realidad. No termina de aceptarse en esas condiciones.

Pero Dios que no se deja llevar por nuestros caprichos y no se deja ganar en generosidad y misericordia, sigue alimentando con una nueva sabia nuestro árbol interior. Él tiene una sabiduría que no se puede comprender con nuestra limitada mirada, sólo debemos tener fe en su amor incondicional y ponernos en sus manos.

“Acérquense a Dios y él se acercará a ustedes.  
Que los pecadores purifiquen sus manos; que se santifiquen  
los que tiene el corazón dividido.  
Reconozcan su miseria con dolor y con lágrimas.  
Que la alegría de ustedes se transforme en llanto,  
y el gozo, en tristeza.  
Humíllense delante del Señor, y él los exaltará”.

Santiago 4, 8-10

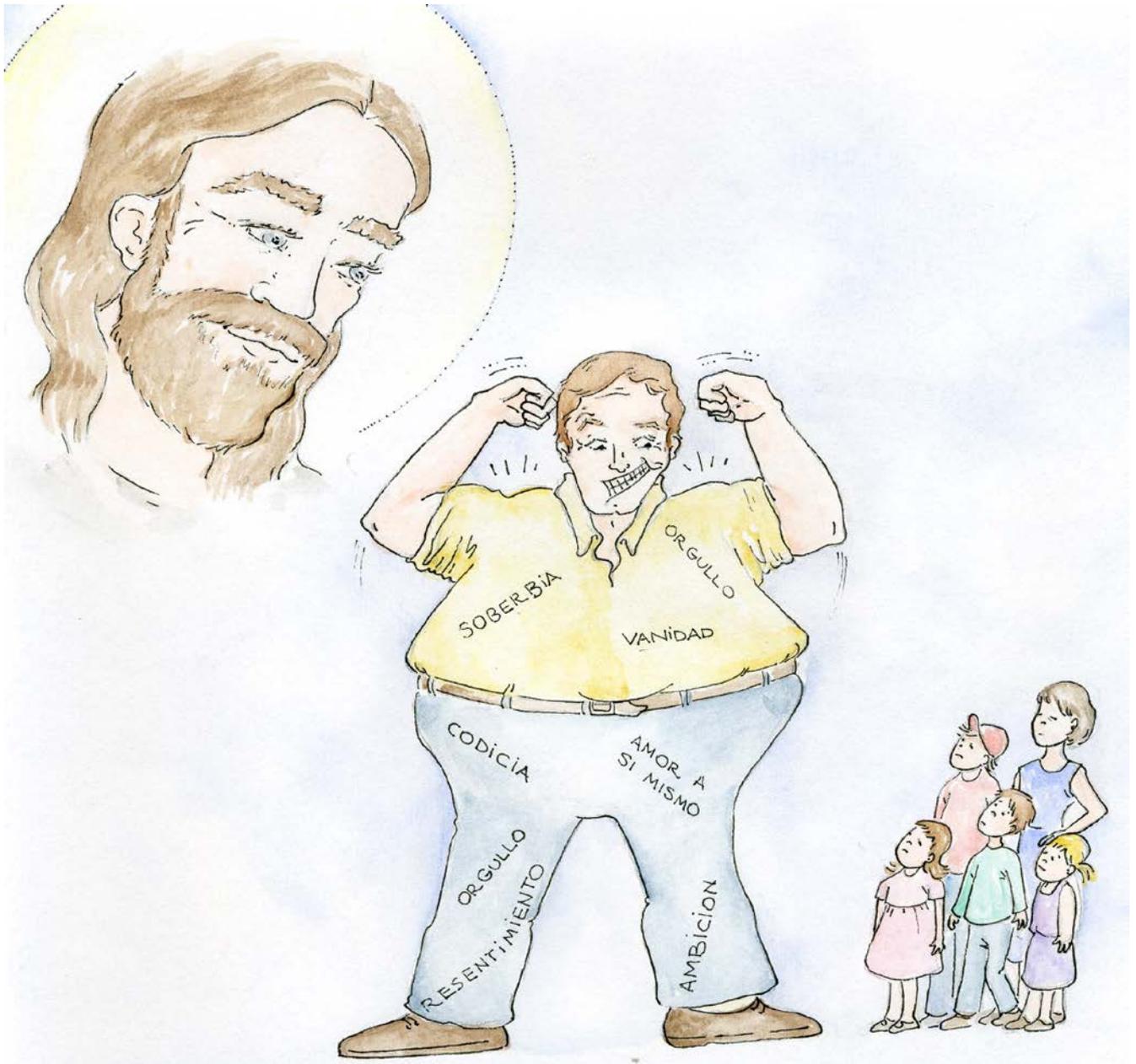
## Capítulo 8

### La “PODA” del Señor

Dios con su sabiduría, que no siempre alcanzamos a comprender, podará de nosotros todo aquello que no es un bien para el alma, aún lo que no vemos ni somos concientes de tener.



Aun si lo queremos o no, si es el momento propicio, Él podará las ramas secas de nuestro corazón. Él podará nuestras miserias, las que sabemos que tenemos y las que desconocemos.



Cuando Dios nos poda, no nos es agradable ni gratificante, estamos contrariados y confundidos, pues en general, nos hemos acostumbrado a pensar y sentir desde nuestras miserias, por lo tanto, nos es desconcertante muchas veces, el actuar de Dios, tanto que no siempre reconocemos como "gracias de Dios", lo que estamos viviendo.

Pero Él sabe cuándo es el momento de podarnos esas miserias, esas ramas que están secando nuestro árbol interior, sabe qué hacer y dónde tiene que cortar para combatir nuestra infección. Cuando experimentamos la poda de este jardinero tan sabio y perfecto, al principio, puede ocurrir que nos enojemos mucho.



## Una conversación con nuestro señor Jesús

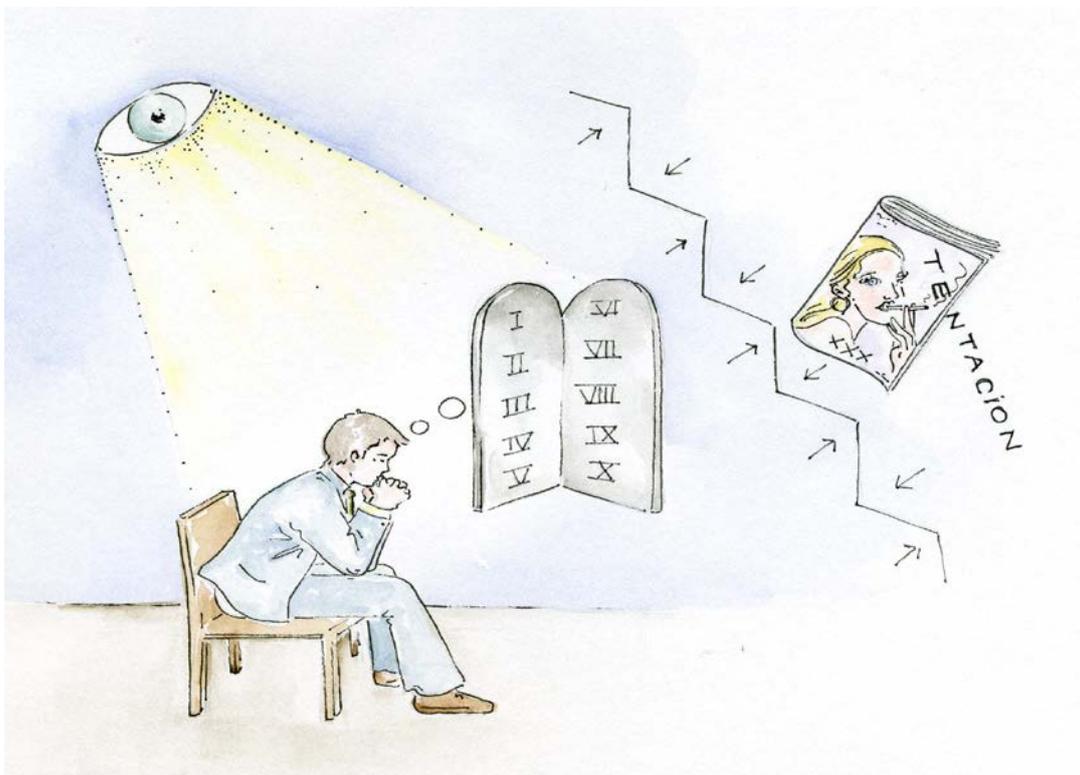
-“Me pides, hijo, que te podes ¡Qué alegría la mía! ¡Con cuánto amor puedo colmar tu corazón y traerte cerca de Mí! ¿De veras deseas mi poda?” – pregunta Jesús respetando la libertad del alma.

-“¡Sí, Señor! Extirpa de mí lo malo, los bichos, sin piedad ¡Que nada me aleje de ti, Señor! ¡Te Amo!” – contesta el joven entusiasmado con su entrega.

-“Muy bien....hijo, tú imploras, Yo te gratificaré. Escucha....Los fines de semana quiero que no vayas a los boliches, ya que dañan tu hermoso y frágil espíritu, porque quedas tan turbado con la cantidad de alcohol que ingieres, que no sientes mi amor. Sufres de "resaca", y tu corazón se afea cada vez más, y cuando vienes, hijo, a Mí en la Misa, a la que te obligas a ir cada domingo, te ves imposibilitado de orar y sentir mi dolor por perderte.”- le sugirió Jesús con esperanza.

-“¡Jesús! ¿NO a los boliches? ¿No al alcohol? ¿Y mis amigos?”- Reclama el joven alterado.

-“Un amigo es una persona que te ama y quiere tu bien. Comprenderá que deseas agradar a Dios. También, puedes aconsejarle, de la misma manera que Yo te aconsejo a ti, y verás cómo embellecen sus corazones.”- le explica con comprensión el Señor.



-“¿Lo puedo pensar?” – duda el joven, ya no tan entusiasmado por conocer los pensamientos del maestro.

-“¿Qué te pasa? ¿No me dijiste que me amabas? ¿Acaso no Me llamaste “Señor, Señor” y me pediste que te liberara de todo lo malo que te alejaba de Mí?”- le pregunta sentido Jesús.

-“Sí, pero...” – responde poco convencido el joven.

-“No, hijo, para aceptar Mi Amor no debe haber "peros", sino, ¿Cómo entrarás a mi Reino? Allí sólo entra la Pureza del Amor.” – explicita el Hombre Dios.

-“¡Jesús! ¿Y Tu Misericordia?” – reclama el joven.

-“¿Crees que Ella es una tarjeta de crédito? ¿Quieres comprar todo lo que deseas de este mundo, y luego cambiarlo por misericordia porque te acuerdas de Mí? Hace falta arrepentimiento y cambio de vida para que Yo te agrade con Ella. Yo no pienso dos veces en perdonarte, y tú... ¿tienes que pensar si vas a agradarme? ¿No ves, acaso, que busco con ello, un bien espiritual para ti que te acerque más a Mi Amor?” – intenta hacerlo reflexionar Cristo.

-“Sí, claro...” – comprende el muchacho.

-“Así es el ser humano. Me jura su amor, me ruega, me alaba, me agradece bienes materiales, pero no es dócil a mi voluntad.” – piensa Jesús.

“Esto vale para ustedes, el que no renuncia a todo lo que tiene,  
no podrá ser discípulo mío”

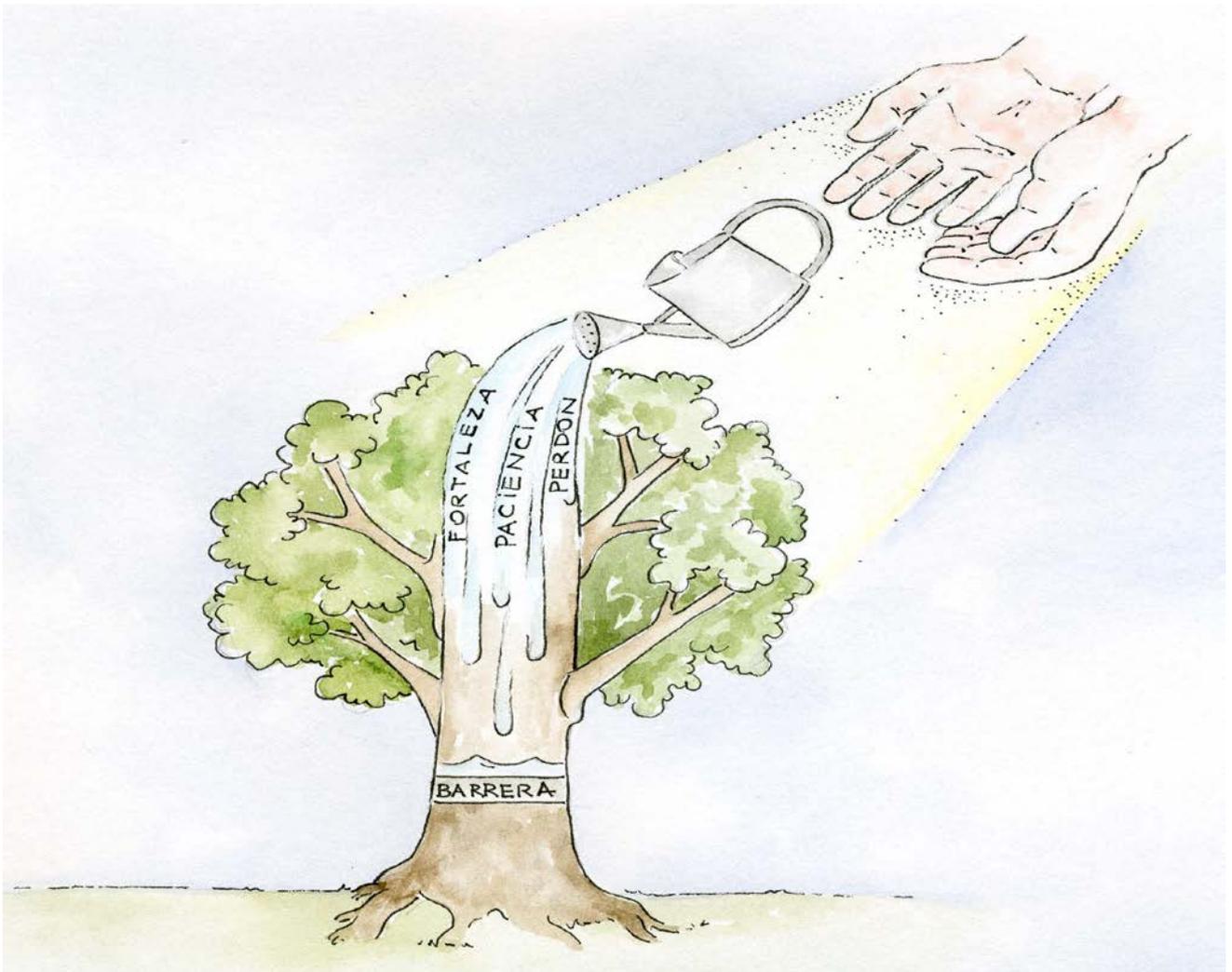
Lucas 14, 33”

## Capítulo 9

### Reconozcamos las ansias de Dios

Cuando la desesperación nos invade, la preocupación nos domina, la bronca nos carcome, la ira nos sorprende, la angustia nos hiere, la mentira nos tienta, si juzgar se nos ha hecho un hábito, si agrandar a los hombres es una necesidad, si nuestra sonrisa es un esfuerzo, si no encontramos nuestros pecados, si creemos que todo se nos debe, si no lloramos por amor, si la indiferencia es nuestro escudo, cuando la no-contrición de nuestros actos se nos hizo costumbre, son señales de que tenemos sed de Dios.

Pero tal vez aún cuando recemos, aparezcan estas señales de que estamos necesitando de un agua diferente, que precisamos más profundamente el Agua Viva de Dios.



Muchas veces al rezar no recibimos la suficiente cantidad de agua, pues somos un poco ventajistas con nosotros mismos, nos elaboramos un examen de conciencia que realmente nos examine y por eso, no terminamos de cambiar. Al no cambiar, no nos transformamos por dentro, y no podemos amar lo suficiente a Dios como para tener una conversión de corazón. Muchas veces la regadera que nos riega, está sostenida por todo lo que viene del mundo: fortalezas materiales, la apariencia, el poder, actitudes fariseas, ataduras a afectos y cosas materiales y por lo tanto, nuestro espíritu no recibe el alimento del agua viva de Dios.



“No amen al mundo ni lo que hay en el mundo.  
Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.”  
“Pasa el mundo con todas sus codicias,  
pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.”

2 Juan, 15 y 17

## Capítulo 10

### **Nos comparamos con un árbol**

Recordemos que Dios es Padre, nos ama, quiere protegernos y nos educa de manera íntima y personal.

### **Conversando con nuestro Señor:**

-Tomás: Hay muchas personas que se dicen “muy cristianos”, pero luego rompen los mandamientos y encima se justifican diciendo que Dios quiere su felicidad y los va a entender.

-Jesús: Hijo, comprendo tu inquietud y tu confusión, voy a explicarte cómo "funciona" el ser humano: El ser humano puede compararse con un árbol, las raíces son los sentimientos, el tronco es el pensamiento y la copa sus acciones.

Un árbol depende de muchos factores para crecer sano: de la nutrición, de la cantidad de agua que recibe, del sol suficiente, de la prevención de las plagas y enfermedades. Lo mismo le pasa a las personas...

-Tomás: ¿Cómo se compara con una persona?

-Jesús: Una persona, para ser sana moral, psíquica, emocional y espiritualmente, debe cuidar su corazón, su mente y sus actitudes.

-Tomás: ¿Y Cómo se hace?

-Jesús: Así como el tronco de un árbol es importante para transmitir la savia, pues alimenta las ramas del árbol, así los pensamientos se van gestando en la mente, y alimentando las ideas, que son las que nutren las acciones, que vendrían a ser la copa del árbol.



-Tomás: entonces quiere decir que las acciones del ser humano están influenciadas por los pensamientos....

-Jesús: Así es, así como las hojas de un árbol dependen de la savia, del mismo modo, las acciones dependen de los pensamientos. Una planta bien regada y sana tiene hojas sanas. En donde hay pensamientos sanos y sinceros, hay acciones sanas y sinceras.

-Tomás: ¿Quiere decir que cuando las acciones son buenas toda la persona también lo es?

-Jesús: Cuando el tronco está sano por dentro es porque está recibiendo de raíz alimento que lo mantiene bien nutrido. Una persona con pensamientos puros y honestos refleja un corazón con sentimientos puros y honestos. Es el resultado de una mente limpia, y eso refleja un corazón limpio.

-Tomás: ¿Qué es una mente limpia?

-Jesús: Una persona tiene su mente limpia cuando no acepta una mentira como medio para evadir una realidad; cuando no manipula para conseguir provechos personales; cuando no habla con dobleces, sino que puede expresar con sinceridad lo que piensa; cuando no pierde la serenidad cuando otra persona no comparte sus ideas.

Si tiene sentimientos negativos como bronca, resentimiento, enojo o ira sus pensamientos estarán empapados de ellos y estará más predispuesto a pensar de una manera confusa que le quitará la claridad y visibilidad de la realidad. Y hasta llegará el día que habrá mucha niebla, pero no se dará cuenta de ello sino que creerá que ve la realidad con objetividad.

-Tomás: ¿Por qué?

-Jesús: Porque esos sentimientos se adueñan de ella tan poderosamente, que le hacen creer que las cosas son realmente como las está viendo, entonces juzgará parcialmente la realidad, aparecerán los prejuicios como “verdades” en sus pensamientos, comenzará a suponer cosas y esas suposiciones se impondrán como pruebas irrefutables.

-Tomás: Maestro ¿cómo debo limpiar mi interior?

-Jesús: Tu interior se limpia a través de la oración, la oración no debe ser superficial... sino profunda. Igual que no riegas las hojas, sino la raíz de una planta, así la oración debe ser desde el corazón. Puedes limpiar las suciedades de las hojas y quedarán muy brillantes, pero si no riegas la raíz,

esas hojas un día se marchitarán...Cuando rezas con la mente sin purificar, la oración se parece a un trapo sucio con el que pretendes limpiar, pero ensucias más. Así, la oración no puede despejar tu interior.

-Tomás: Entonces, muchas veces creemos que nuestro interior está mejor de lo que está....

**Los pensamientos y sentimientos sucios, son como cascotes  
en los que las raíces se entrelazan y no dejan ver el aire ni el agua  
al resto de la planta.**

-Jesús: La oración es un medio para comunicarte con Dios, y esa oración debe ser desde lo profundo de la mente y del corazón. Cuando esa oración llega a lo más íntimo y personal, entonces limpia la conciencia y sana el corazón. Cuando esa oración es superficial, exterior y esa comunicación es más "por hábito" que por amor, entonces no limpia ni sana.

-Tomás: ¿Cómo tenemos que hacer para que limpie y sane?

-Jesús: Hijo, me preguntas por "el hacer", debes preocuparte por "amar", amar a Dios, amar a los demás, debes querer amar especialmente a aquellos que te son más difíciles amar en tu interior, y para eso debes conocer más íntimamente a Dios. Te preocupas por conocer el funcionamiento de la computadora, de tu auto, del lavarropas, pero... ¿conoces a Dios?

-Tomás: Sí, creo... ¡creo que sí!

-Jesús: A Dios no se lo conoce por medio de la mente, a Dios se lo siente en el corazón.

**Dios es una experiencia de Amor en nuestro Interior,  
un amor que ordena, limpia y sana.**

-Tomás: ¿Y cómo me doy cuenta de que me limpió?

-Jesús: Te darás cuenta cuando no sientas enojo, resentimiento, cuando junto al dolor, sientas serenidad en lugar de impotencia y descontrol, cuando tus actitudes cambien y haya una armonía en tu interior.

-Tomás: ¡Ah...! Es igual que cuando curamos una planta de las plagas, que un día vemos que salieron brotes sanos y que quedó libre de enfermedades....

-Jesús: Sacas las hojas que enfermaron o esperas a que caigan. Y por eso puedes apreciar la salud de la planta en el brote nuevo que está naciendo. Así son los frutos de Dios, debes esperar que caiga lo malo, lo sucio, para que se note la limpieza que Dios ha hecho en el interior. Debes esperar los brotes: la paciencia, tolerancia, serenidad, perdón. Pero es necesario que comprendas algo muy importante: Llegar a ver esos brotes te puede llevar mucho tiempo, y puede también ser un gran esfuerzo cuidarlos de los vientos torrenciales, de las plagas y las pestes, de las lluvias que podrían ahogarlos.

-Tomás: o sea que hay que cuidar más que nunca los brotes, no tenemos que creer que hemos ganado la victoria...

-Jesús: Hijo... nadie está exento en esta vida de sentir tentaciones y de tropezar con sus debilidades. Nadie está exento de padecer ceguera a causa de las miserias. Por eso es muy, pero muy imprescindible que se cuiden unos a otros de las plagas. Pero que lo hagan con caridad.

-Tomás: En realidad... me conviene porque, ayudando al otro a que tenga su interior sano y limpio, me ayudo a mí mismo.

-Jesús: Puedes verlo de esta manera, para que reine Dios se necesita que abran su interior al actuar de Su Gracia, para que los limpie y los sane. Si reina Dios, habrá una felicidad diferente de la conocida entre ustedes, una sensación distinta de la ya experimentada entre ustedes. Una vez que conoces cómo Dios te acompaña, jamás querrás separarte de Él. Te conviene por los frutos que brotan cuando reina Dios entre ustedes, te conviene para experimentar un poquito del Reino de Dios en tu corazón, te conviene porque Dios te ama y quiere siempre lo mejor para ti.

*“Felices los que tienen el corazón puro porque verán a Dios”  
Mateo 5, 8*

## Capítulo 11

### **Conocer a Dios es, poner tu corazón al servicio de la bondad.**

Jesús responde las inquietudes de Tomás:

-Jesús: Hijo, cuando reflexiones sobre ti mismo, hazlo con toda tu mente, pero no olvides también, poner todo tu corazón.

-Tomás: Poner "todo" ¿En dónde, Señor?

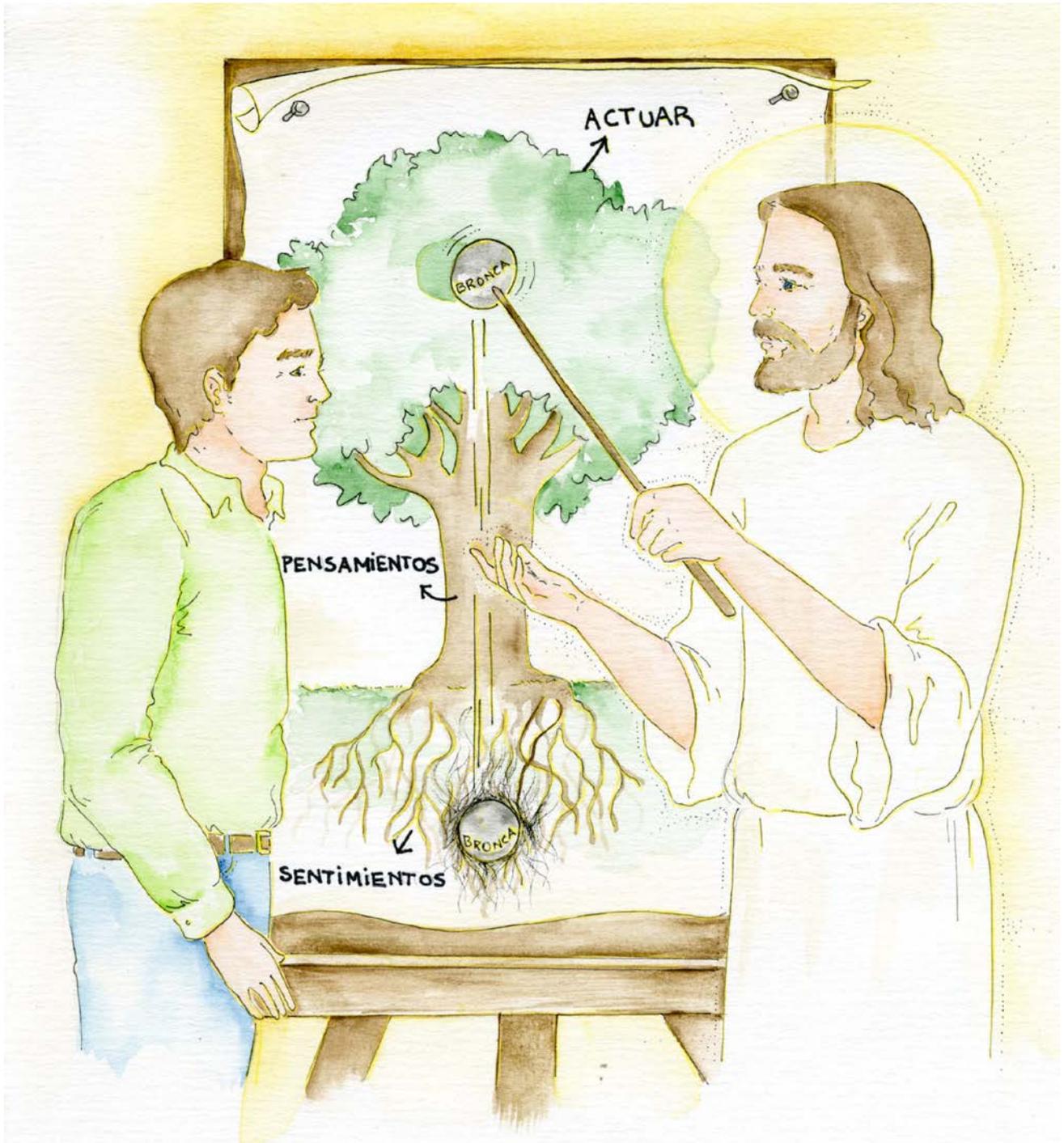
-Jesús: Al servicio de la bondad, al servicio de un Bien mayor para ti mismo, que seguramente te acerque a Dios pero quizás, no sea todo lo que quieres o prefieres. Muchas veces tendrás que ir en contra de lo que quieres para poder ser fiel a tu corazón.

-Tomás: ¿Por qué "al servicio de la bondad"?

-Jesús: Es importante que Dios limpie los sentimientos negativos de tu corazón, y que Su Gracia barra las impurezas de tus pensamientos y así, sientas la bondad de Su Voluntad.

-Tomás: No entiendo mucho...

-Jesús: Hijo, cuando tienes bronca en tu corazón, ésta sube a todo el árbol tiñendo tus pensamientos con esa bronca. Entonces no puedes reflexionar claramente, los "anteojos" con que miras la realidad están empañados. Luego, si no aprendes a dominarte, actuarás con bronca...



-Tomás: ¿Quieres decir entonces que cuando hacemos "ciertas cosas" es porque nuestra mente y nuestro corazón están sucios?

-Jesús: Tu mente y tu corazón no pueden encontrar paz; es por ello que te perturbas, te enfermas de emociones negativas y no puedes "ver más allá".

-Tomás: Entonces, ¿qué puedo hacer para mejorar?

-Jesús: El Amor sana, limpia y ordena, el perdón se parece a un río que entra en tu interior, y lo purifica con agua limpia. Pero para eso, hijo mío no te engañes acallando tu conciencia y evadiendo sentimientos. ¡Enfrenta tu realidad!

-Tomás: Y... ¿cuándo acallo mi conciencia, Señor?

-Jesús: Cuando rezas y en tus pensamientos acomodas a Dios para poder hacer lo que realmente quieres y así poder decir: "Dios me va a entender... me conoce...". "Hago esto porque de esta manera yo voy a ser feliz... y Dios quiere mi felicidad". "Dios es bueno... entonces... me comprende...".

**De esta manera respaldan decisiones del actuar en esos pensamientos;  
y así, viven o mantienen actitudes en contra de los mandamientos.  
En definitiva esto es porque no conocen el Pensamiento de Dios.**

-Tomás: ¿Por qué no lo conocemos?

-Jesús: Porque Dios quiere la felicidad de cada una de las personas, y para cada una, Él tiene un plan de felicidad; y ese plan va de la mano con los mandamientos; mandamientos que Dios quiere que sean experiencia en la conciencia y en el corazón. Dios no contempla que puedas encontrar la verdadera felicidad fuera de los mandamientos de Amor. Sólo Él sabe que eso no es posible... Sólo Él sabe que es justamente cumpliendo los mandamientos, que hallarás esa ansiada felicidad.

-Tomás: Pero ¡muchas personas que no cumplen los mandamientos dicen ser felices!

-Jesús: Hay muchos conceptos de felicidad, Dios ofrece la felicidad más profunda que una persona jamás pueda sentir, que es la verdadera felicidad del corazón, donde sólo Dios es capaz de reconfortar en el dolor, en el sufrimiento y en las preocupaciones.

Es una experiencia que cada uno debe vivir. No se puede transmitir esa felicidad de sentir el calor de Dios en el corazón.

"Despójense de la vieja levadura, para ser una nueva masa, ya que ustedes mismos son como el pan sin levadura. Porque Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado."

## Capítulo 12

### **El Jardinero nos enseña con paciencia**

Así como un jardinero sabe cuándo y por qué podar sus plantas, Cristo también sabe lo que necesitamos.

Jesús: Hijo...déjame trabajar en tu interior, pues veo lo que tú no ves, el bien espiritual que los acercará a mi corazón. Me regocija el alma cuando son dóciles a recibir la poda interior...pero no siempre se entregan con confianza.

Tomás: Jesús, ¿Cómo nos entregamos a tu poda? Digo, si no vemos ni tocamos nuestro espíritu, ¿Cómo se hace viviendo en un mundo físico?

Jesús: Acepta mi ley, pero acéptala con amor y vívela con docilidad y yo me ocuparé de tu espíritu.

Tomás: ¿Qué quiere decir eso, cómo se cumple tu ley?

Jesús: Haz el bien a tu prójimo siempre, aunque te enemistes con él. Si no brota ese "bien" de tu corazón porque no lo amas, hazlo igual por Mí.

Tomás: ¿Siempre?

Jesús: ¿Acaso yo te niego a ti la gracia que te mereces para tu Salvación a costa de Mi sufrimiento, cuando te enemistas de Mi Amor? Sé generoso de corazón y ama como Yo te amo a ti. ¿O te exijo perfección como condición para amarte?

Tomás: Entonces, ¿Qué debo hacer?

Jesús: Al que te hace una injusticia, no le hagas el mal. No hagas al otro lo que sabes que va a oscurecer de bronca su corazón, ya que no sería un bien espiritual para él.

Tomás: Pero, Jesús ¿A mí qué me importa el corazón de mi vecino?

Jesús: ¿Ves...? No tienes intención de hacer el bien, todo queda encerrado en ti mismo. ¡Eso no es amor! Sigue mis huellas... Amo tanto que aún cargo los pecados de la humanidad y la amo. No reprocho, pido conversión a mi amor.

**Tú, carga en silencio con el pecado ajeno y ayúdalo a convertirse a mi amor, aceptando mi ley y nunca, nunca dejes de amar.**

“Amigos ¿Qué están haciendo? Nosotros somos seres humanos como ustedes, y hemos venido a anunciarles que deben abandonar esos ídolos para convertirse al Dios viviente que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos”.

Hechos 14, 15

## Capítulo 13

### **Ser uno mismo y ser uno con Dios**

Cuando somos jóvenes y tenemos toda nuestra vida por delante, tenemos que tomar decisiones, qué haremos de nuestra vida, dónde viviremos y todas esas inquietudes, algunos pueden imaginarse siendo un gran empresario, que ha forjado su propia empresa y que es reconocido por todos siendo una persona importante; otros trabajando en una empresa familiar, haciendo algo más sencillo que le permita un mayor contacto con los vínculos familiares; otros pueden visualizarse forjando una familia, no desde el ámbito profesional; otros huyendo siempre de esos compromisos del hogar.

Las mentes se llenan de expectativas y los corazones de esperanzas. Y en esos momentos de proyecciones futuras, sentimos que lo podemos con todo, que todo está y estará a nuestro alcance. Pero ¿y si no es así? ¿Si no podemos concebir hijos? ¿Si debemos aceptar la cruz de la esterilidad? ¿Estamos abiertos a recibir una realidad contradictoria o las ilusiones nos condicionan a ser felices únicamente si la vida coincide con lo que habíamos planeado? Hay que hacer planes, proyectarse, pensar en positivo, pero sin engañarnos, sin pensar en irrealidades, ilusionándonos que controlaremos cada paso que daremos, alimentando la esperanza en logros externos. No se trata de no pensar en el futuro, sino qué lugar le estamos dando a ese futuro. Cuando pensamos en el futuro, lo hacemos sintiendo desde lo que somos hoy, desde la ilusión del día de hoy pero con el correr del tiempo, de las oportunidades, de las condiciones del camino, iremos forjando o no, aquello que nos habíamos imaginado, y de esa manera, seremos o no, aquello que habíamos proyectado ser. Es bueno tener ilusiones, siempre y cuando le demos el justo lugar; depende de cuánta influencia tiene en nuestra vida, la idea que nos hicimos de nosotros mismos en el corazón, de cuánta necesidad de ella sentimos, de cuántas veces en el presente, esa idea nos da ánimo y nos aporta felicidad.

Es verdadero que tenemos que pensar, prever y procurar lo que queremos, pero estando abiertos a lo que Dios anhela de nosotros. No siempre nuestro querer va a estar en sintonía con lo que Dios sabe que es lo mejor para nosotros, por eso es decisivo esta flexibilidad de nuestro querer.

Tener esta flexibilidad nos ayuda a no ser tercos y dejar fluir desde lo profundo del alma, nuestro auténtico ser, si no nos pareceríamos a un árbol de naranjos que quiere y está obstinado en su deseo de dar peras, haciendo todo lo posible durante toda su vida, por lograrlo, olvidando que lo más

perfecto, y para lo que fue creado, es para dar naranjas: deliciosas y sabrosas naranjas, fruto que tiene que empezar a valorar, desear y poner todo de sí para conseguirlo. Vamos a ver cómo sigue la historia del naranjo....

“Llegó un día en que el naranjo está viejo y cansado de tanto luchar por producir peras y más peras. Desde su juventud, algo ha logrado con tanto afán, ser reconocido por los demás árboles: “¡Qué bien... ha creado de sí mismo lo que ningún otro árbol había logrado jamás!” – dice el sauce llorón que, admirado, observa los frutos que él jamás podrá ofrecer a los demás.

“¿Cómo habrá hecho? ¡Qué inventiva, qué fuerza, qué árbol ejemplar, dar peras en lugar de naranjas!” - dice el naranjo vecino que, distraído, no repara en la importante nutrición que ofrecen sus frutos.

“¡Si yo pudiera aprender de ese naranjo para mejorar mi apetecible fruto!” — pensó el almendro.

Y así, ese naranjo fue valorado, admirado, envidiado, y muchos fueron sus amigos. Muchos años, años que él y otros árboles llamarían “de gloria”, y él así lo sentía.

Pero ahora, viejo y cansado, se pregunta en la más profunda intimidad de su ser: “¿Por qué me siento así?”

¿Acaso no he triunfado y he logrado ser un árbol tan especial?” “¿Por qué me siento tan solo?”

Entonces el sol, que lo alumbró y lo vio crecer, le dijo: “Árbol, tú que aparentas tanta sabiduría y gozas de tantos honores, mírate a ti mismo, mira tu savia, ¿qué ves?”

El árbol no comprendía de que le hablaba su amigo sol y tardó mucho tiempo en reconocerse a sí mismo; hasta ese momento, no había considerado para qué era su savia... pero al final lo intentó y la realidad fue evidente a sus ojos: era un naranjo y en lugar de ser él mismo, había usado todas sus fuerzas para ser un peral.

Fue entonces, cuando empezó a comprender, miró con temor y desesperación a ese sol, que a esta altura de su vida se le había ocurrido mostrarle tan injusta realidad, y le preguntó con un grito casi ahogado:

-“¿Por qué no me lo advertiste antes?”

¿Por qué no me avisaste que lo que yo creía que era, y lo que los otros árboles admiraban y ovacionaban, era sólo el producto de mi ambición y de mi vanagloria?”

-“Lo intenté - contestó el sol - no una, sino mil veces, pero tú siempre mirabas tus ramas, enorgulleciéndote de sus frutos; tú siempre estabas mirando a los demás árboles para custodiar tu fama, tu imagen y no levantabas tu vista hacia mí”.

-“Pero... ¿por qué ahora, que estoy viejo y cansado?” protestó el que se creía un peral.

-“Porque es ahora cuando, en tu cansancio, has levantado la mirada a lo alto y has preguntado: ¿Qué me pasa? Es ahora cuando estás dispuesto a escuchar, ahora debes aceptar tu realidad: que, quien deberías haber sido, quedó retenido en tu interior toda tu vida” —le explicó el sol.

-“¡Pero he malgastado mi tiempo queriendo dar peras cuando tenía que dar naranjas! Ahora ¿qué puedo hacer?” —dijo el recién enterado naranjo.

-“Ahora ya no puedes hacer nada, pues tu tiempo se ha acabado. No puedes dar aquello que deberías haber dado, sólo puedes aceptar esta realidad”.

Cuando el sol terminó de decir estas palabras, se acercaron al naranjo unos árboles jóvenes, deseosos de seguir su ejemplo y escucharlo. El árbol les habló desde la sabiduría que aprendió de su reciente experiencia:

“No miren hacia los costados, busquen en su interior y sabrán para qué han sido creados, pero tengan cuidado, mucho cuidado cuando vean sus frutos; esperen... no se entusiasmen, porque pueden volverse ambiciosos y vanidosos, miren al sol, sientan el sol, Él sabrá qué decirles a su corazón”.

Los jóvenes son esos árboles. A lo mejor encuentren personas que se parezcan a este sabio árbol, que aprendió de viejo, que no hay que caer en la trampa de buscar trabajar por dinero, por fama e imagen, sino buscar la vocación interior. Tampoco creer que se es “alguien” sólo porque lo que uno hace sea visto como algo glorioso.

A lo mejor encuentren otros árboles, que les den ánimo para trascender en la sociedad o en el mundo por sus actos...Pero si pensamos un poquito....¿Qué fue lo que entristeció al naranjo? ¿Qué el sol no reconociera sus peras o no haber sido lo que llevaba adentro? Dios ha creado a cada uno con talentos y capacidades. Está en cada uno el valor que le den a ese potencial. Está en cada uno el uso que le den. Es importante guardar la prudencia y no entusiasmarse demasiado pensando en el futuro. Es virtud cada día miren hacia el interior, y luego, levantar mirada a Dios y preguntarle: “¿Qué quieres de mí?”

**Recordemos siempre que Dios es un Dios sencillo y humilde,  
que quiere que todo lo hagamos con amor y dedicación...  
Entonces, Él hace grande lo pequeño...**

Pero lo cierto es que dentro de la mente de un joven ansioso por emprender su vida, está presente esta pregunta: “¿Qué voy a hacer en el futuro?”. Y tal vez, meditar esta reflexión le serene el ánimo:

“Lo sabrás todos los días, si miras tu interior de la mano de tu Dios cada día irá creciendo tu realidad.

¡Que alegría tuvo el naranjo vecino, que no se había dado cuenta de las delicias de sus naranjas, cuando el sol le mostró al final de sus días, el árbol que había sido en realidad!”

“Que Dios, fuente de toda esperanza, os conceda esa fe que da frutos de alegría y paz, y así os sintáis cada día más esperanzados, gracias al poder del Espíritu Santo”.

Romanos 15, 13

## Capítulo 14

### **Dejemos que Dios moldee nuestra vida según Su parecer**

"En cada uno el Espíritu revela su presencia con un don, que es también un servicio"

1 Corintios 12, 7

### **¿Cuál es el verdadero tesoro?**

Es esencial que seamos lo que Dios ha pensado para cada uno de nosotros. Esto no es posible saberlo claramente, a menos que tengamos una fuerte vocación, un llamado de Dios.

Dios ha dado algo especial a cada uno, está en cada uno descubrirlo. Y hacerlo de la mano de Jesús es mucho más seguro y sencillo. Sólo hay que tener el coraje y las fuerzas necesarias, para poder encontrar ese tesoro interior. Hay quienes creen que lo han encontrado, pero solo han encontrado el tesoro ajeno, como es el caso de las personas que han decidido hacer propio el cónyuge del otro. Hay quienes creen que poseen un tesoro, y sólo tienen el fruto de su codicia. Hay quienes creen que han hecho brillar su tesoro, pero lo han confundido con orgullo y vanidad. Hay quienes creen que deben vivir para mostrar su tesoro y que éste sea reconocido por muchos; basando en ese reconocimiento gran parte de su felicidad. Hay quienes no han encontrado aún su tesoro y se sienten mal e inferiores a los demás por ello. Hay quienes sólo sienten su llama encendida para acumular riquezas materiales, confundiendo la verdadera riqueza, que reside en el interior. Hay quienes viven la vida como si fuesen "pobres", ignorando que Dios suma tesoros en donde nosotros sólo vemos pasto seco. Y hay quienes agradecen a Dios porque se sienten "ricos" y, a los ojos del mundo, sólo son dueños de un delicioso jazmín. ¿Cuál es el verdadero tesoro? El verdadero tesoro es lo que llevamos dentro y tiene valor porque perdura en la Eternidad. No importa cuánto tardemos en descubrirlo... ¡Un bebé recién nacido, puede ser rico en dinero y no saberlo aún! No importa cuál sea el tesoro que Dios le haya dado a cada uno, las comparaciones no sirven para Dios, cada uno tiene un inmenso valor ante Él.

**Entonces, ¿por qué nos cuesta tanto conectarnos con nuestro tesoro interior?  
Nos vamos distanciando de Dios sin darnos cuenta**

¿Por qué a veces nos empeñamos, en ser más de lo que somos? ¿Por qué necesitamos mostrar a los demás y demostrarnos a nosotros mismos, quiénes somos? ¿Contra qué estamos luchando en la vida? ¿Luchamos contra la enfermedad o contra la impaciencia que genera la enfermedad? ¿Qué es lo que enferma realmente a una persona... el cáncer o los resentimientos por la falta de perdón? ¿Qué separa realmente y crea divisiones en las personas, las clases sociales o la mentira? ¿Qué define lo que somos, lo que hacemos, lo que ganamos, la manera que vestimos, lo que hablamos? Cada uno debe encontrar lo verdadero dentro de sí mismo y encontrar allí la verdadera felicidad.

“Cuentan que una hormiga un día quiso querer ser otra cosa, deseó ser un mono en lugar de aceptar lo que es. Para lograrlo, estudió el comportamiento del mono y quiso imitarlo. Se esforzó por lograr trepar a los árboles y trató de hacerlo cada vez más rápido para igualarse a ellos y así, acortar las diferencias.

La hormiga se agotó, se angustió, se lastimó, se deprimió, porque no le resultó nada fácil convertirse en mono y éstos no la aceptan como a uno de ellos.

Reclamó, reprochó, se resintió y se propuso una meta: "¡Voy a ser mono!"

Se creyó mono, actuó como mono y las demás hormigas no la comprendieron. Se sintió juzgada y cuestionada. Sufrió, y en su dolor tomó una decisión: "Cueste lo que cueste, seré lo que llevo dentro, ¡seré mono!". Convenció a otras hormigas de que también eran monos ¡y le creyeron! Tuvieron hijos y, desde que nacieron, les hicieron creer que ellos también eran monos. Y así la sociedad de hormigas tal como fue planificada por Dios, se fue corrompiendo poco a poco porque una hormiga se confundió.

Un día llegó a la ciudad el creador de las hormigas, y estas se ofendieron mucho cuando reprobó sus ilusiones de ser monos. No lo reconocieron más como su creador, su dueño y se distanciaron. Ellas eran monas y lo serían hasta el final.

El creador las miró con pena, pensando cómo sufrirían, cómo se golpearían hasta reconocer su descarriada ambición, que no eran lo que pretendían ser. El creador intentó advertirles la realidad, pero ya no lo escucharon y se rieron de Él. Él, dolido, esperó...no acostumbraba discutir Su verdad, ya que ésta era tan obvia que decantaría sola. Y paciencia no le faltaba...

De esta manera las hormigas armaron su vida a su parecer y, según ellas, hicieron grandes progresos. Pero fueron muriendo una a una, sin hallar el más importante progreso que debían hacer: encontrarse con ellas mismas.”

De la misma forma la sociedad humana, se fue distanciando de lo que Dios planeó para ella desde los comienzos. ¡Tantas veces el hombre se ríe de Dios! Y Él habla y espera pacientemente los tiempos del ser humano. Pero... ¿Cuántas personas, al igual que las hormigas, viven toda su vida para "ser" algo que no son, "haciendo" con esfuerzo cosas para alimentar únicamente sus ambiciones, "convenciéndose" de que son fuertes porque luchan por sus ideas, y finalmente mueren sin encontrar ese tesoro escondido en su interior?

### **¿En qué radica nuestra grandeza?**

El ser humano posee un valor inmenso como criatura, porque Dios lo hizo a Su Imagen y Semejanza. Muchas veces, para encontrar su valor y su grandeza, busca superar los límites de sí mismo y hasta los de la naturaleza.

#### **Cristo se hizo semejante a nosotros y Él nos mostró Su Grandeza desde la Cruz. ¡No lo olvidemos!**

Grande es quien soporta las humillaciones con amor y perdón, no el que más humilla.

Grande es quien puede amar a quien lo aporrea, no el que contraataca más astutamente.

Grande es quien puede tener las manos vacías y el corazón lleno, no el que posee bienes materiales.

Grande es quien puede dominar su lengua, no quien se anima a usar su filo, caiga quien caiga.

Grande es quien no necesita curtir su intelecto para sentir superioridad, y no quien esconde su vulnerabilidad, tras el conocimiento cultural.

Grande es quien puede permanecer en la verdad, a costa de sufrir el precio que esta le traiga.

Grande es quien reconoce en la Palabra de Dios, la Grandeza de su vida.

Grande es quien puede unir el proyecto de Dios a su proyecto personal.

Grande es quien puede ver en las tormentas, la calma del Señor.

Grande es quien puede ver en la oscuridad, la Luz de Dios.

Grande es quien puede sentir en su corazón un pedacito de la Promesa Eterna.

Cristo quiere que nos asemejemos a Él, quiere que seamos grandes.... Pero para eso hay un secreto: para sentir la grandeza de Dios, primero debemos sentirnos pequeños.

“Les asaltó el pensamiento de quién de ellos sería el mayor.

Pero Jesús conociendo sus pensamientos, tomó a un niño, lo colocó a su lado, y les dijo: -  
"Quien reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe,  
y quien me recibe a mí, recibe al que me ha enviado,  
pues el menor entre vosotros, éste es el mayor."

Lucas 9, 46-48

